

LASDAOALPLAY presenta

Las crónicas de

WARNAK

El monstruo de Iver



1

El sol apenas había despuntado por el horizonte. Era una mañana apacible en los extensos y verdes páramos de las islas Íbridas, en los mares del norte. El rocío cubría con una fina capa todas las superficies del lugar. Un relajante frescor imperaba en el ambiente en el que aún se percibía el frío de la noche, pero sin ser agresivo, ya atemperado con el principio de un nuevo día. Las colinas de piedra oscura asomaban entre los pequeños arbustos y los bosquecillos de media docena de árboles dispersos por el lugar. Sin lugar a dudas, era uno de los lugares más tranquilos que uno podría imaginarse en ese gran planeta. Se respiraba tanta paz que incluso se podría decir que el lago de Iver, que presidía el lugar, parecía haberse detenido en el tiempo, las aguas tranquilas, tan solo una suave brisa hacía que sutiles ondas aparecieran en su superficie.

Este fue el paisaje que un viejo pastor de ovejas se encontró con su rebaño aquella fresca mañana de primavera. Pero no era ninguna sorpresa, ese hombre era perro viejo y conocía aquella isla de las Íbridas, la más pequeña y la más septentrional, como la palma de su mano; había pasado toda su vida en ella y no había hecho otra cosa que pasear de un extremo a otro con su rebaño. Así que no era la primera vez que se había encaminado hacia el lago Iver para disfrutar de un tranquilo amanecer en sus orillas, mientras sus animales pastaban tranquilamente a sus espaldas.

Sin ninguna prisa, el pastor, conocido por todas como Ned, se quitó el zurrón que llevaba colgando sobre sus hombros, buscó una piedra plana con una buena altura —seguramente la conocía de anteriores ocasiones— y se sentó con las piernas estiradas y los ojos clavados en el lago. Rápidamente se quedaron fijos en la calmada superficie del agua, casi impensable para aquellas tierras bañadas día sí y día también por las lluvias, que aunque les permitía tener ese maravilloso paisaje lleno de verdor, también provocaba que el sol fuera un espectáculo bastante excepcional de ver. Por suerte, aquel era uno de esos pocos días del año en el que en las Íbridas, las nubes daban una tregua, se apartaban del cielo y dejaban que el sol las iluminara con toda su fuerza.

Sabiendo el maravilloso día que tenía por delante y tanteando la posibilidad de pasar allí toda la jornada en lugar de seguir deambulando, Ned soltó un

suspiró relajado, sintiendo como el frío y húmedo aire de su tierra natal entraba y salía de su cuerpo, limpiándolo de las impurezas del día a día y del duro trabajo.

A pesar de que disfrutaba de su trabajo, que no lo cambiaría por nada del mundo, Ned tenía que admitir que era un oficio duro y, la mayoría de las veces, desagradecido. Cada año le costaba más conseguir el mismo dinero que el año anterior, y los que le compraban la lana o la leche parecía que le estuvieran haciendo un favor al hacerlo. A lo largo de los años había pensado en tratar él mismo la lana y hacer los quesos por su cuenta, pero ello hubiese implicado que debería haberse asentado y montar una granja; y ahora era totalmente libre de hacer lo que quisiera y cuando quisiera. Por suerte, ya era viejo y no le quedaban demasiados años en este mundo, por lo que confiaba poder llegar al fin de sus días sin tener que doblegarse a las cada vez más duras condiciones de ese planeta o, al menos, de las «frías» islas del Norte.

Ned sonrió, los isleños siempre habían sido considerados por los demás habitantes como gente hosca, huraña, violenta y de crueles costumbres, cuando en realidad eran un pueblo pastor y agricultor, que, como todos, también tenía sus guerreros, pero no era ni mejores ni peores que los que pudiese haber en otros rincones. Y, por lo que había llegado a sus oídos mediante las bocas de aquellos que sí habían abandonado las islas, los bárbaros y los salvajes no eran ellos, sino todos los demás.

—Que se queden sus grandes reinos, sus tesoros y sus templos, que yo seguiré aquí en mis queridas islas Íbridas —soltó de repente como si estuviese hablando con alguien, aunque, como respuesta, solo tuvo el balido de una de sus ovejas que parecía darle la razón.

El pastor miró hacia atrás para observar al animal que en ese momento le había respondido y sonrió de nuevo, era feliz con muy poco: un trabajo que no era tal y un vida apacible y perfecta en un apartado rincón de aquellas maravillosas islas. De repente, algo se abalanzó sobre él y empezó a regalarle lametazos, era su perro.

—Sí, también soy feliz por tenerte a ti, perro. —No le había puesto nombre, no por nada personal o porque no se le ocurriera uno bueno, sino porque sabía que a aquel no le hacía falta tenerlo, ya que con el afecto y los actos tenía suficiente para que fuese el compañero de trabajo perfecto—. Sin ti sería como si hubiese perdido las manos.

Con arrumacos, Ned apartó a su perro de encima y le dedicó una mirada agradecida.

—Ahora, aprovecha, porque hoy nos vamos a quedar aquí.

El perro, sentado sobre sus cuartos traseros, ladeó la cabeza y, como si lo hubiese entendido —algo de lo que Ned muchas veces estaba seguro de que ocurría— se dejó caer en el suelo, como si supiera que, al menos que una oveja decidiera fugarse, no tendría demasiado trabajo.

Después de comprobar como su perro gozaba del frescor del suelo, Ned dejó que, una vez más, sus ojos se perdieran por el paisaje que lo rodeaba mientras cruzaba los dedos para que aquel día se alargara tanto como fuera posible, ya que, por el tiempo o la necesidad de sus animales, debería partir al día siguiente. Decidido a relajarse y aprovechar aquella maravillosa jornada que empezaba, el pastor miró a su alrededor por si podía encontrar un lugar en el que echarse y dejar pasar las horas, pero antes de que pudiera empezar a hacerlo, su perro se levantó de repente y empezó a ladrar.

El animal, nervioso, daba pequeños saltos a medida que ladraba con mayor intensidad, desgañitándose de forma exagerada, a la vez que miraba a su amo y dirigía fortuitas ojeadas al lago.

—¿Qué sucede, chico? —le preguntó Ned acercándose a él, pero cuando el perro vio que su amo se levantaba, salió corriendo hacia el lago, situándose a escasa distancia de su orilla y empezó a ladrar con más fuerza.

Ned frunció el ceño y siguió a su animal, pero a diferencia del perro, el pastor no veía nada que pudiera provocar aquel comportamiento en su fiel amigo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, pero el perro no respondió, sino que siguió ladrando.

Sin embargo, en esta ocasión, a Ned no le hizo falta preguntar una tercera vez, ya que antes de que pudiera pensar una pregunta para que el perro fuera capaz de responder de algún modo, una vibración bajo sus pies que hizo temblar la tierra lo advirtió del peligro.

Sintiendo como su cuerpo se tensaba por el terror al repetirse la vibración, Ned giró lentamente la cabeza hacia el origen de aquellos temblores: el lago. Al pastor no le costó ver que la superficie del lago había perdido la calma con la que lo había recibido, sino que temblaba como si algo lo estuviera sacudiendo desde abajo.

—¡Por el amor de...!

Antes de que pudiese terminar aquella exclamación, la superficie del agua, lisa y compacta hasta hacía poco, se rompió con un enorme estallido y de ella emergió lo que parecía ser una enorme extremidad.

—No... No... No puede ser —exclamó entre titubeos a la vez que sus pies lo hacían retroceder por cuenta propia.

En un acto reflejo, Ned empezó a correr para alejarse de la orilla a la vez que silbaba una orden a su perro que, a pesar del terror que desprendían sus ladridos, lo obedeció como buen perro pastor que era. Amo y animal ejercitaron sus piernas como nunca, mientras se alejaban del lago tanto como podían, con el tiempo justo de ver como aquello que parecía la aleta de una tortuga gigantesca caía sobre el lugar donde ellos estaban un momento antes. A pesar de lo que veían sus ojos no podía creerse que las leyendas fueran ciertas, pero cuando la criatura emergió del lago no pudo negar la verdad: el monstruo del lago Iver existía y estaba frente a él.

Después de aquella gigantesca aleta, le siguió otra y un largo y musculado cuello, que se alzó hacia el cielo, sobre el que había una cabeza de ojos completamente negros y ceño fruncido. De repente, el titánico animal soltó un fuerte alarido, como si quisiera anunciar su llegada, pero el fino oído de Ned comprendió de inmediato que aquel grito no era el de una fiera a punto de atacar, sino el de un animal que estaba sufriendo, era un grito de dolor.

A pesar de la escena y del miedo que se había apoderado de él, Ned no pudo evitar compadecerse de la criatura cuando esta repitió el alarido junto con un súbito movimiento de cabeza, como si quisiera sacarse algo de encima. Fue entonces cuando el pastor fijó su mirada en el lomo del animal y pudo ver que, sobre él, había un hombre sujetando una espada que hincaba, una vez tras otra, sobre la gruesa piel de la criatura. A lo lejos pudo ver un cuerpo musculoso, de hombros anchos y una melena mojada que caía sobre el rostro de aquel hombre que, sin lugar a dudas, era mucho más grande que cualquiera que el pastor conociese. Sin embargo, seguía siendo un simple hombre... o eso era lo que pensaba el pastor, ya que aquel guerrero que se estaba enfrentando él solo a las acometidas de aquella criatura de titánicas proporciones no era otro que Karnak el Rojo, un *berserker*.

Sin ser consciente de que un humilde y viejo pastor lo observaba desde la

orilla del lago de Iver, el guerrero errante montaba aquella criatura legendaria mientras que con sus poderosos brazos sacudía su espada a diestra y siniestra para intentar domarla. Todo ello, a la vez que hacía lo imposible para recuperar el aliento después de haberse sumergido bajo la superficie del lago.

El esfuerzo y las sacudidas del animal no le estaban ayudando demasiado a pensar qué debía hacer para conseguir vencer a aquella criatura que se le estaba resistiendo más de la cuenta. Todos sus músculos le escocían por estar ejercitándolos de forma continua, su cráneo tamborileaba por la falta de aire y por los golpes que la criatura le había propinado y sus piernas empezaban a ceder después de tanto rato sujetándose a la espalda del animal. Pero, a pesar de todo ello, Karnak no permitiría que un simple animal, por legendario que fuese, le impidiera hacer su trabajo: matarlo.

Sin pensárselo dos veces, el guerrero errante se alzó sobre el lomo del animal y con la mano que le quedaba libre se agarró con todas sus fuerzas al cuello de la criatura, que al sentir como las yemas de Karnak se hincaban en su piel, volvió a chillar de dolor.

Como respuesta, Karnak lanzó un alarido de poder y furia, que silenció el grito de aquel animal mucho más grande que él. Fue en ese instante, cuando a pesar de su tamaño estaba a punto de demostrar quien era el ser más temible, en el que Karnak, arqueando su cuerpo sin soltarse, arremetió con su espada contra el cuello de la criatura como el leñador que corta el tronco de árbol. Y, por primera vez, después de decenas de golpes, su hoja se tiñó de rojo. Con el primer golpe, una profunda herida apareció en el cuello de la criatura a la vez que la sangre manchaba la espada de Karnak y parte de su brazo.

Al verlo, el *berserker* sonrió frunciendo el rostro y apretando los dientes, en una mueca que hubiese hecho temblar al caballero más valeroso. Y exclamó con su grave voz:

—¡Ahora serás mío, maldito demonio!

2

Unos días antes...

Un fuerte viento del norte soplaba con todo su ímpetu, haciendo que las gruesas gotas de lluvia que se cernían sobre las Íbridas casi cayeran de un lado a otro y no de arriba abajo. Bajo esta densa e incómoda cortina de agua se discernía una silueta oscura que avanzaba lentamente, o tan rápidamente como el clima se lo permitía. Se trataba de un hombre, de un viajero, que hacía muy poco que había llegado a la más pequeña de aquellas islas sin un motivo aparente.

Ante el panorama que lo había recibido —y acompañado desde que había desembarcado en aquellas islas—, Karnak soltó un gruñido que se diluyó bajo el sonido de las gotas al golpear con fuerza contra el suelo cada vez más embarrado.

—No sé que coño estoy haciendo aquí —se lamentó apretando los dientes con toda la rabia del mundo, sin embargo, no se detuvo, siguió avanzado; un chaparrón no lo detendría, solo lo pondría de muy mal humor.

Su melena estaba empapada y se le pegaba a la frente, bajo la que apenas se podían ver sus ojos de color ámbar, de lo fruncido que tenía el ceño. El agua que descendía por su cabello, después se sumaba a la que la esperaba en la gruesa piel de oso pardo que le había ofrecido uno de los tripulantes del navío en el que viajaba antes de desembarcar.

—Toma esto —le dijo alargándole el grueso pliegue de ropa, al ver que el *berserker* se disponía a bajar del barco tal y como había viajado, con sus músculos al descubierto.

Karnak había sacudido la cabeza, pero el hombre le había insistido.

—Te hará falta —afirmó y, mirando al cielo de un azul cada vez más oscuro, añadió—: Dentro de poco lloverá con fuerza.

Karnak clavó su mirada en él y dijo:

—Te he dicho que no me hace falta...

—Por muy *berserker* que seas, no eres inmune a los arrebatos de furia del clima de estas islas —le cortó el otro mientras le ponía las pieles sobre sus manos a la fuerza.

Karnak no quiso discutir, cogió aquellas pieles y bajó del barco en un pequeño embarcadero que había tras un espigón natural, pero se negó a cubrirse con

ellas... al menos mientras aquel marinero lo estuviera observando desde la cubierta de su embarcación. Sin embargo, en cuanto la silueta del barco se difuminó entre la bruma de la orilla, el cielo se encapotó de repente y unas gruesas y gélidas gotas empezaron a caer sobre los hombros de Karnak.

El guerrero errante alzó la mirada y no le costó mucho comprobar que aquel marinero tenía razón y que la lluvia que caracterizaba el clima de las Íbridas no tardaría en hacerse notar. Al principio dudó, pero cuando ya no pudo seguir negando la evidencia, aunque a regañadientes, se echó las pieles sobre su espalda, dejando que solo su cabeza melenuda asomara.

—Maldito marinero... —masculló ahora, horas más tarde, mientras se adentraba en la más septentrional de las Íbridas, mientras sentía que toda el agua del mundo caía sobre él.

Sin embargo, el calvario no se alargó mucho más, ya que menos de una hora después, sus ojos vieron la mano del hombre en el horizonte. Bajo la cortina de agua que no cesaba en caer, se perfilaban varias construcciones de forma circular y cuyos tejados terminaban en forma redondeada. Estaban hechas completamente de piedra y parecían estar esparcidas por aquel llano sin demasiada planificación, por no decir ninguna. A pesar de la lluvia, Karnak pudo ver que de la parte alta de aquellas pequeñas casas salía humo, indicándole que allí había vida, aunque en los senderos embarrados que las rodeaban no hubiera nadie.

No tardó en alcanzar las primeras casas y recorrer las calles de aquella aldea. Vio que todas las construcciones tenían puertas de madera y estaban cerradas, por lo que siguió avanzando a la espera de encontrar alguna abierta... no quería asustar a nadie con su presencia al llamar a la puerta con aquel tiempo, alguien pensaría que era el hombre del saco.

De manera instintiva se llevó la mano al rostro para quitarse el agua, pero el resultado que tuvo no fue el deseado, ya que solo consiguió que su propio cabello empapado le atizara la cara. Gruñó. Pero antes de que perdiera los estribos y maldijera aquel mundo por completo, y a él mismo por decidir ir a las Íbridas, vio que, no muy lejos de dónde estaba, había una construcción poco más grande, de forma ovalada, cuya puerta estaba abierta y frente a la cuál había un porche bajo el que había un reducido grupo de hombres contemplando el horizonte y el cielo.

«Debe ser la casa comunal», pensó acertadamente el guerrero errante

mientras se encaminaba hacia allí, con la esperanza de que lo acogieran de buen grado y pudiera secarse cerca de un fuego.

Sus grandes pasos le permitieron estar frente a aquellos hombres en cuestión de segundos. Estos, al ver la gran, peluda y empapada figura del *berserker*, se pusieron en guardia, aunque ya hacía rato que habían visto acercarse al extraño.

—¿Quién eres? —preguntó uno de ellos cuyo frondoso bigote le cubría hasta más allá de la barbilla.

«¿Cómo debe tomar la sopa?», se preguntó Karnak con sorna para sus adentros, pero quiso ser más diplomático y respondió:

—Mi nombre es Karnak, soy un viajero al que esta lluvia lo ha pillado desprevenido y sin refugio. —Hizo lo imposible para sonar educado y humilde, ya que, incluso, no pidió que lo acogieran, dejando que fueran ellos los que llegaran a esa conclusión.

Todos los hombres lo observaron con suspicacia, por precaución, el guerrero errante ni tan siquiera había puesto un pie bajo el porche, así que seguía aguantando la lluvia torrencial que se cernía sobre él y que no parecía tener interés en detenerse.

Entonces, el hombre bigotudo se acercó a Karnak y, si amedrentarse por la diferencia de altura, dijo con sequedad:

—Si venís por maldad, no paséis del umbral...

Dejó las siguientes palabras en el aire, Karnak lo observó y, tras un tenso instante, respondió:

—Si venís por bondad, por favor, pasad.

De repente, la expresión taciturna de ese hombre se tornó en todo lo opuesto, y una amplia sonrisa se insinuó bajo el bigote rojizo.

—Alguien que conoce los viejos dichos no puede ser una amenaza —sentenció mientras que los demás hombres asentían compartiendo aquel principio—. Pasa, pasa, deja de estar bajo la lluvia que creo que esa piel de oso no puede absorber más agua.

—Muchas gracias —dijo el guerrero errante avanzado a la vez que pisaba el entarimado de madera que había bajo el porche y que crujió bajo su peso.

Los hombres se sorprendieron al ver las medidas del *berserker*, pero ninguno de ellos dijo nada, solo el bigotudo se avanzó a Karnak y lo invitó a entrar.

El guerrero errante agachó la cabeza y pasó por el pequeño umbral hacia el

otro lado, en el que una luz amarilla y cálida lo aguardaba. En el interior de la casa comunal, organizada en un solo espacio, había dos chimeneas en las que unos fuegos caldeaban el lugar, una docena de bancos y sillas esparcidos aquí y allí, todos cubiertos con cálidas pieles, así como las correspondientes mesas en las que había restos de una copiosa cena. Al fondo de la sala, junto a otra portezuela, había lo que se podría describir como un trono rústico, ocupado por el que debía ser el jefe de aquella aldea.

—Adelante, por favor, Karnak —dijo el bigotudo y, acercándose a una chica de nariz pecosa y trenzas pelirrojas, añadió—: Pia te servirá lo que desees, siéntete libre de ponerte cómodo.

El bigotudo se despidió con un golpe de cabeza y salió de nuevo, dejando a Karnak con Pia una chica que, a su lado, parecía más menuda de lo que era en realidad. Ella lo observó con una sonrisa, agradable y sincera, que Karnak no pasó por alto.

—Dame las pieles, Karnak —dijo ella con toda naturalidad y esperó a que el recién llegado obedeciera.

Titubeó, pero después se descolgó la gruesa piel de oso, que incluso sintió cuánto pesaba, y dejó al descubierto su cuerpo musculoso y más grande de lo habitual. No fue ajeno a la mirada que le dedicó la pequeña Pia, que pareció perderse en su cuerpo, antes de que tuviera que hacer un esfuerzo para sostener las pieles.

—En cuanto estén secas te las devolveremos —dijo la chica y, encaminándose hacia el fuego que tenía más cerca, añadió—: Por favor, siéntate y caliéntame... digo, caliéntate. —Karnak vio como sus mejillas se volvieron más rojas si cabe antes de que la chica se girara y le diera la espalda mientras colgaba las pieles de Karnak junto a la chimenea.

El *berserker* sonrió y ocupó una de las sillas que había frente al fuego, siendo recibido por unas pieles suaves, cálidas y, lo más importante, secas, en las que se arrebujo y dejó que su cuerpo recuperara una temperatura normal, mientras de que su cabello se desprendían pequeñas gotas aún heladas, pero que ahora ya no le molestaban como antes.

Sin embargo, para hacer todo esto, Karnak no pudo disimular la presencia de su extraordinaria espada, que se descolgó de la espalda y la apoyó a su lado, dejando que la luz que emanaba las llamas del fuego se reflejara en las fauces

abiertas del oso que había grabado en ella.

Si la sola presencia del *berserker* ya se hizo notar en aquella silenciosa casa comunal, en el que la gente estaba distribuida en pequeños grupos que charlaban calmados o jugaba a algún antiguo juego, el añadido de aquella arma hizo que todos sus ojos se centraran en él, entre los que también se contaban los de su jefe, Argos, que no dejó de observarlo desde que había entrado. Con un gesto de su barbilla llamó la atención de Pia que, rápidamente, se acercó a él para que este le dijera algo al oído. Tras esto, la chica regresó junto a Karnak. El guerrero permanecía quieto, tranquilo y observando el movimiento de las llamas, dejando que su mente se perdiera sin preocupaciones, hasta que los suaves dedos de Pia se posaron en uno de sus hombros, más de lo que debía para llamarle la atención, pero menos de lo que hubiera deseado ella.

—Argos desea hablar contigo, Karnak —dijo con su melodiosa voz, dulce como la miel.

El guerrero errante se giró y cruzó su mirada con la de aquel hombre. Estaba en su casa, por lo que no pretendía molestarlo, así que sin dilación, se levantó de su cómodo asiento, cogió su arma, se la colgó a la espalda de nuevo y se acercó al trono de Argos. Por su parte, en cuanto estuvo cerca de él, este también se levantó y extendió su mano para ofrecérsela en amistad.

—Bienvenido seas, Karnak —dijo cuando el guerrero le estrechó la mano con una contundencia que correspondió.

—Gracias por acogerme en tu casa, Argos —dijo a la vez de forma educada Karnak.

—No hay de qué, si Torben te ha dejado pasar será por algo —dijo sonriente.

Karnak le correspondió mirándolo de frente, casi era tan alto como él, aunque con un cuerpo más estilizado, y si bien llevaba la cabeza afeitada, una espesa barba rubia con sombras encanecidas le cubría el rostro.

—Por favor, siéntate conmigo —le dijo señalándole un asiento parecido al que ocupaba junto a su trono.

Karnak aceptó y se acomodó como ya lo había hecho antes, pero sabiendo que, ahora, su descanso sería compartido.

—¡Pia! —exclamó Argos—. Tráele una jarra de hidromiel a nuestro invitado.

La chica asintió y se dispuso a prepararlo.

Mientras esa jarra llegaba, Argos observó a su invitado con detenimiento y sin

reparos, como si el hecho de ser el anfitrión le diera derecho a examinar de forma descarada a todos los extraños que llegaban a su aldea.

Pia no tardó en llegar con dos jarras que entregó a los dos hombres y después volvió a alejarse para acercarse al fuego. Fue entonces cuando Argos, en la relativa privacidad que tenía al estar alejado de los demás, le preguntó a su invitado:

—¿Qué haces aquí Karnak el Rojo?

El *berserker* no se sorprendió, sabía que su aspecto y su espada eran reconocibles, y más para el líder de una aldea. Solo alzó una ceja con suspicacia.

—Lo siento, hijo —dijo Argos—, pero a los *berserkers* se os huele a una hora de distancia.

Karnak encogió sutilmente los hombros.

—Gajes del oficio —dijo antes de dar un buen sorbo de su bebida.

Argos sonrió e imitó el gesto de su invitado, tras lo que dejó pasar unos instantes, hasta que volvió a hablar.

—Sin embargo, no has podido llegar en mejor momento.

Karnak lo interrogó con la mirada, Argos dejó a un lado su pose de jefe y, con la mayor sinceridad que pudo, confesó:

—Necesitamos tu ayuda.

3

Karnak yacía en el lecho, tenía la mirada perdida en el techo hecho de piedra y estaba libre de muchas preocupaciones. En definitiva, se sentía reconfortado, no solo por el cálido abrigo de la cama en la que se encontraba, ni por el fuego que caldeaba el ambiente y lo iluminaba todo con su tambaleante luz, sino también por el cuerpo de piel clara, repleta por carreras de pecas, pequeño y de sinuosas curvas que yacía a su lado.

El guerrero errante miró de reojo a Pia que respiraba plácidamente a su lado y no pudo evitar sonreír, si bien la vida del *berserker* no era la de la castidad, pocas veces alguien como Karnak lograba una conexión sincera con alguien, ya que la mayoría de las ocasiones debía rascarse la bolsa de las monedas si quería pasárselo bien. Pero con aquella chica había sido diferente. Ella, después de muchas miradas mientras Karnak hablaba con Argos, se había insinuado sin demasiados tapujos en cuanto se despidió del jefe de la aldea y él solo había preguntado:

—¿Debo preocuparme por algún novio, marido o prometido?

Ella sacudió la cabeza de lado a lado con una sonrisa pícara en el rostro y, ante la presencia de los que había en la casa comunal, Pia lo cogió de una mano y tiró de él para salir bajo la lluvia, mientras Torben y los hombres de la entrada los observaban entre risas contenidas.

Los dos corrieron mientras la lluvia les empapaba las prendas, serpentearon entre las casas hasta que Pia se detuvo frente a una de ellas y abrió la puerta, a través de la cual empujó a Karnak. El espacio no era muy grande, pero una amplia cama ocupaba gran parte del lugar y el fuego estaba encendido, por lo que no hacía frío. El resto del mobiliario lo conformaban un baúl, una mesa, una silla y un par de estantes en el que había un poco de todo.

Entonces, alguien podría decir que él la había hecho suya, valiéndose de su tamaño, pero en realidad fue ella la que se apoderó de Karnak. Sin secarse, ni ofrecerle algo para hacerlo, y sin apenas palabras, Pia obligó a Karnak a doblar la espalda y lo besó con una pasión que él no recordaba... por no hablar de los ardientes labios que lo acogieron. Instintivamente, Karnak la rodeó con sus poderosos brazos y la levantó del suelo, pero rápidamente se vio vencido por ella,

ya que sin tocar con los pies en el suelo, logró empujar al *berserker* hasta que este cayó de espaldas sobre la cama, que crujió. Las bellas líneas del cuerpo de Pia se apoderaron de él, y más cuando ella se desprendió de la ropa para mostrarse en todo su esplendor, pequeña, pero con un cuerpo bien formado de piel muy blanca y recubierto de pecas que iban a juego con las que cubrían su nariz. Al sentirse observada, Pia sonrió y obligó a Karnak a posar sus manos en sus pechos, generosos, tersos y suaves.

«Como dos buenos melocotones», pensó Karnak estrujándolos con suavidad, mientras Pia echaba la cabeza hacia atrás, soltando su melena rojiza.

—Te toca —dijo al cabo de un instante, clavando sus pupilas verdes en las ambarinas de Karnak y, sin darle tiempo a reaccionar, le arrebató la ropa que cubría sus partes pudendas, descubriendo el resto de su cuerpo, que correspondía en tamaño a las excepcionales medidas del *berserker*.

Fue entonces cuando, con una sorprendente habilidad, la pequeña Pia montó sin reparos a Karnak, como si fuera un animal encelo, pero allí había algo más que puro instinto, había un deseo al que el guerrero no estaba acostumbrado... pero que por ello no rechazó. Ese perfecto cuerpo de piel sedosa se contorneó sobre él de maneras que él jamás se había ni imaginado, haciendo que ella jadeara sin timidez, a la vez que lo observaba con el rostro sutilmente cubierto por su alborotada melena y una mirada de lascivia desatada. Pia no se detuvo hasta que fue Karnak el que jadeó con violento placer.

Después de aquel primer asalto, Karnak sintió como el cuerpo de Pia emanaba calor y estaba recubierto por sudor, por lo que creyó, erróneamente, que habían terminado... pero ella era de otro parecer.

Sin articular palabra, Pia rodeó el grueso cuello de Karnak con ambas manos y prosiguió con su ataque sin ningún tipo de apuro, sorprendiendo al *berserker* por la infinita energía que contenía su pequeño cuerpo. Sin embargo, él no protestó, más bien todo lo contrario, siguió obedientemente las sutiles instrucciones que ella le daba para no perder el ritmo ni defraudarla... algo que no hizo.

Karnak no sabía cuanto tiempo habían estado montándose el uno al otro sin preocuparse de nada más, pero el ímpetu de Pia tardó en apagarse, casi hasta el punto que él terminó tan agotado como después de la más cruel y sangrienta de las batallas, aunque con resultados mucho más placenteros. Ella había acabado literalmente rendida, quedándose dormida sobre él, convirtiendo aquel en el

último de los asaltos. Al verlo, Karnak la acostó con cuidado a su lado, para después llevarse las manos detrás de la cabeza y estirar todo su cuerpo.

Ahora, después de todo lo que había sucedido en aquella cabaña de piedra y de todo lo que había compartido con Pia, Karnak sentía que su mente se esclarecía y se centraba, para descubrir que había sido el destino el que lo había empujado a viajar hasta las Íbridas, no solo por haber podido conocer a una chica como Pia —algo que no sucedía cada día—, sino también por lo que había hablado con Argos antes de pasar una de las mejores noches de su vida.

—Necesitamos tu ayuda —le había dicho Argos.

Esas palabras no le gustaban a Karnak, ya que si bien como *berserker* debía ayudar a los indefensos, también quería decir que se jugaría el pellejo por nada, ya que quién necesita ayuda de verdad, de la manera que Argos lo había dicho, no tiene con qué pagarla.

—¿De qué se trata? —dijo Karnak antes de sentirse culpable por intentar evitar aquel tipo de trabajos.

—Desde hace un tiempo desaparecen personas —explicó Argos—, no solo de esta aldea, sino también de todas las de este valle. Todos los jefes estamos preocupados, ya que es una amenaza que no hace distinciones, se lleva a hombres y mujeres, viejos y jóvenes... incluso ha desaparecido algún niño pequeño.

—¿Podría tratarse de gente que, simplemente, ha querido irse?

—Lo dudo, si fueran menos aún me lo plantearía, pero entre todas las aldeas hemos contabilizado más de treinta desapariciones —contestó Argos.

—Esas personas, ¿tienen algo en común o...?

Argos no dejó que Karnak terminase la pregunta, sacudió la cabeza negativamente.

—Es algo sin sentido, *berserker*, por eso no he dudado en hablar contigo en cuanto te he visto.

—Pero, compréndeme, Argos, no puedo hacer nada sin un rastro o un indicio con el que empezar. ¿O propones que recorra toda la isla en busca de estas personas? Es pequeña, pero no tanto —se excusó el Rojo.

—Lo sé, lo sé —dijo el jefe—, por lo que, si te parece bien, mañana puedo concertar una reunión con los demás jefes, para que puedas hablar con todos nosotros y ver si encuentras ese punto de partida.

Karnak apretó los labios y se frotó el mentón. Por un lado sabía que debía ayudarlos, nadie más lo haría, pero por el otro se pondría en un compromiso si no lograba ningún resultado, por indeseado que fuera. Sin embargo, al final, no pudo evitar decir:

—Está bien, me reuniré con vosotros a ver que se puede hacer.

—Muchas gracias, Karnak, sabía que podría confiar en ti —dijo Argos.

—Espérate a darme las gracias, Argos, primero debo ver si hay algo con lo que pueda trabajar.

Pero, antes de convencer al jefe de que fuera más prudente, este exclamó:

—¡Pia! ¡Trae más bebida para nuestro *berserker*!

Al oírlo, a los presentes no les costó atar cabos y comprender que Karnak conseguiría descubrir quién o qué hacía desaparecer a los suyos.

«Siempre me pierde mi buena fe», se lamentó Karnak llevándose la mano al rostro justo cuando Pia se acercaba con una nueva jarra de hidromiel y una sonrisa provocativa en los labios.

«Podía haber sido peor», se dijo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Pia se revolvió a su lado, Karnak pensó que, simplemente, cambiaba de posición para seguir durmiendo, pero al observarla, sus ojos se cruzaron con los de ella, que brillaron como lo había hecho desde que habían entrado en aquella cabaña, entre el deseo y la lascivia, pero también se atisbaba algo de odio en ellos.

—¿Ya has descansado? —le preguntó él con sorna.

—Nunca me había pasado —respondió Pia frunciendo el ceño—, siempre gano yo.

—Si quieres, puedes seguir intentándolo —contestó él con ganas de picarla.

—¿Seguro que te atreves? No suelo perder dos veces seguidas, no me gusta.

—Bueno, si tú lo dices, será verdad, pero antes me has dejado a medias.

Pia gruñó con ira y, respondiendo a la provocación de Karnak, se abalanzó sobre él, acopló su cuerpo al suyo con soltura y le sacudió un puñetazo en el rostro.

Él soltó una carcajada.

—¿Y esto? —preguntó.

—¿No te lo he dicho? Me gusta hacer trampas —respondió con una sonrisa en los labios.

Karnak no respondió, solo sonrió, se incorporó y la rodeó con sus brazos hasta inmovilizarla, a la vez que balanceaba la parte baja de la cintura. Ella clavó sus pupilas verdes en las de él, apretó los dientes y soltó un grito a medio camino del placer y el odio.

—A mí también —dijo el *berserker* acelerando el ritmo.

—Eso no vale... —Pia quiso responder de forma ingeniosa, pero sus palabras se esfumaron cuando de su garganta surgió un poderoso grito que se convirtió en unos escandalosos jadeos; pero, en ningún momento, cerró los ojos, sino que siguió mirándolo como si quisiera asegurarse que no se detenía. Y, cuando él aminoró el ritmo, ella exclamó:

—Ni se te ocurra parar. —A la vez que le clavaba las uñas en la carne.

Karnak sonrió y pensó que no había podido encontrar recibimiento mejor en aquellas lejanas islas, a la vez que se decía: «mañana ya tendré tiempo de preocuparme de lo que tengan que decirme Argos y los otros jefes», antes de seguir cumpliendo los mandatos de aquella pequeña diosa pelirroja que seguía clavándole aquellos iris tan verdes como los pastos de aquellas islas.

4

La sensación que tuvo al cruzar de nuevo la aldea a la mañana siguiente fue completamente diferente a la que había tenido al llegar a ella. No solo por la satisfactoria noche que había compartido con aquella pequeña diosa llamada Pia, sino que el panorama que se abría ante él era completamente diferente. Aunque en el aire se olía ese característico olor de tierra mojada que presagia lluvias, lo cierto era que sobre su cabeza resplandecía un maravilloso cielo de primera hora, uno de esos por los que merece la pena levantarse. Una brisa soplaba con suavidad los cabellos de Karnak, ahora secos, y, además, su cuerpo ya no sufría las inclemencias del tiempo de las Íbridas, ya que Argos le había hecho llegar un conjunto de cuero y lana más apropiado para aquellas islas, que no el escueto calzón de piel que solía llevar, que completó echándose sobre los hombros las pieles de oso pardo, ya secas, con las que había llegado el día anterior. Todo ello, junto con la espada que siempre llevaba colgada a la espalda, le conferían a Karnak un aspecto aún más animal del que solía tener. Parecía el hijo bastardo de un oso.

Un rato antes lo había despertado unos golpes en la puerta de madera de la cabaña de Pia lo habían despertado. Ella miró de soslayo la puerta y él gruñó al ser interrumpido de un maravilloso descanso poscoital.

—¡Karnak! —exclamó una voz en el exterior.

Pia sonrió y se arrebujó entre las mantas y las pieles de su cama, ya que aquello no iba con ella.

—¡Karnak! ¡Despierta!

Maldiciendo entre dientes y lamentando que la noche anterior no se hubiera eternizado para siempre, Karnak se levantó y abrió la puerta, desnudo. Ante la imagen del *berserker*, el hombre que lo había llamado se sobresaltó y le entregó la susodicha ropa con brusquedad.

—Argos quiere que te diga que los jefes de las otras aldeas ya han llegado.

Karnak asintió.

—Te esperan en la casa comunal —añadió el hombre antes de dar la vuelta y volver por dónde había venido intentando deshacerse de la descomunal imagen del guerrero errante desnudo.

Ahora, ya ataviado como un hombre de las Íbridas, Conan se encaminaba hacia el lugar de la reunión, pensando en si aquella pequeña aldea sería un buen lugar donde retirarse y olvidarse del mundanal ruido.

«¿Pia sería mi compañera o ha sido todo el arrebató de una noche?», se preguntó, sintiendo que aquella pequeña diosa era diferente a la mayoría de mujeres con las que se había acostado.

Sin embargo, no pudo dejarse llevar por los recuerdos de la pelirroja, ya que no tardó demasiado en estar frente al porche de la casa comunal, dónde Torben y los demás hombres de Argos lo saludaron con cumplimientos, casi felicitándole... «¿Será por Pia?», se dijo y, un instante después, pensó con una sonrisa: «seguro que nos escucharon».

Soltó una carcajada que contagió a los demás y cruzó el umbral de la casa comunal.

A diferencia de cuando había llegado, el interior de aquella construcción, ya no parecía un desordenado lugar en el que los miembros de la aldea pudieran refugiarse de las inclemencias y hacer vida en comunidad, sino que se había distribuido los bancos y las sillas alrededor de una larga mesa, en la cabecera de la cuál se hallaba Argos ocupando su rústico trono de madera y pieles.

—Bienvenido seas, Karnak el Rojo —dijo el jefe al verlo con gran ceremonia, dejando claro que se había estado preparando para aquel momento.

Tras su llegada y el anunció de Argos, se oyeron cuchicheos en la sala, los hombres ahí reunidos hablaron entre ellos, como si, hasta entonces, no se hubieran creído que Argos había logrado encontrar a un *berserker*.

—Hola... a todos —respondió Karnak de forma escueta.

Argos se levantó y, señalándole el asiento que había en el otro extremo de la mesa, dijo:

—Por favor, toma asiento.

Karnak asintió y ocupó la silla que presidía la otra cabecera de la mesa, en el extremo opuesto de esta. Entre Argos y él había una docena de hombres, de barbas y bigotes poblados, algunos de cráneos afeitados y otros luciendo elaboradas trenzas, pero todos ellos rubios o pelirrojos, con los ojos azules y verdes, y ataviados como Karnak iba ahora. Si no hubiera sido por su melena oscura, su rostro mal afeitado y su tez morena, casi podría ser uno de ellos.

«Casi... pero no», pensó.

En cuanto Karnak hubo ocupado su lugar, Argos, que no se había sentado, siguió hablando.

—Queridos amigos, tal y como os dije, ayer tuvimos la suerte de que llegara a esta aldea un auténtico *berserker*. Y no uno cualquiera, sino uno del que seguro que todos habéis oído hablar. —Argos hizo una medida pausa en su discurso, durante la que los demás hombres musitaron afirmaciones y asintieron sutilmente con la cabeza—. Aunque hubiésemos deseado que su presencia aquí hubiera tenido lugar hace más tiempo, debemos alegrarnos de que, por fin, contemos con la ayuda que tanto esperábamos.

Los otros jefes sonrieron y hablaron entre ellos, estaba claro que las palabras de Argos eran justo las que ellos querían escuchar... sin embargo, antes de que ninguno de ellos pudiese intervenir o que el anfitrión siguiera su discurso, fue Karnak el que tomó la palabra.

—Me complace que os satisfaga que esté aquí, pero, tal y como lo hice ayer con Argos, debo advertiros que mi simple presencia no significa que vuestros problemas se resuelvan.

Todos se sorprendieron e, incluso, se podría decir que algunos se molestaron.

—¿Qué insinúas, *berserker*? —preguntó uno.

—¿A caso Argos nos ha engañado? —insinuó otro.

—¿Seguro que eres el *berserker* del que todos hablan? —dijo un tercero.

Karnak alzó sus grandes manos para que cesarán aquellas preguntas, sin sorprenderse que fuera tan fácil meter cizaña entre los jefes de las aldeas de aquella isla. Siempre lo era cuando eran todos vecinos.

—Lo único que digo —respondió Karnak cuando los jefes callaron, aunque sin contestar directamente a ninguna de aquellas preguntas—, es que sin saber exactamente lo que está sucediendo y por dónde puedo empezar, la tarea que me encomendáis es complicada, sino imposible.

Los hombres lo interrogaron con la mirada.

Karnak soltó un resoplido.

—Necesito información, sin acero no puedo hacer espadas —espetó y, tras respirar hondo, añadió—: Debéis contarme lo que sucede.

Los jefes asintieron y compartieron miradas de complicidad.

—La gente está desapareciendo —afirmó uno.

—Eso ya lo sé, me refiero si hay algo que me podáis contar para que yo pueda

buscarlos.

De nuevo, los jefes, incluido Argos, empezaron a hablar entre ellos mencionando a los que habían desaparecido, diciendo si eran hombres o mujeres, si eran viejos o jóvenes, pero nada que pudiese explicar por qué, cómo y dónde desaparecían. Sólo hubo uno que no dijo nada, el que parecía ser el más viejo de todos, cuyos cabellos y barba estaban dominados por las canas y que no había dejado de observar a Karnak con suspicacia desde que había hecho acto de presencia en la sala.

—Son los demonios.

—¿Qué? —preguntó Karnak valiéndose de su poderosa voz para hacer que los demás callaran y poder oír lo que ese viejo jefe tenía que decir.

—Los demonios, siempre he dicho que se trata de los demonios.

—¿Demonios?

—No le hagas caso, este viejo hace tiempo que chochea —dijo otro de los jefes, mientras que los demás contenían alguna risa o sacudían la cabeza lentamente con desaprobación.

—¡No chocheo! Si digo que son los demonios, es porque creo que lo son —replicó el viejo.

—Pero ¿qué demonios? —insistió Karnak.

No dejaron que el viejo respondiera, y fue otro de los jefes el que dijo:

—No le prestes atención, Karnak, no son más que cuentos para asustar a los niños.

Entonces, el *berserker* soltó una sonora carcajada.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Argos.

—¿Por qué? ¿Me preguntas por qué? —El jefe asintió y Karnak dijo—: ¿A caso no estáis asustados como tales?

Las palabras del guerrero errante molestaron a los jefes, pero hicieron que el viejo sonriera complacido.

—Así que, si no tenéis nada que aportar, dejad que hable él —espetó Karnak con firmeza—. Después ya decidiré si lo considero realidad o fantasía.

La determinación en las palabras de Karnak hicieron que los demás jefes callaran, estaba claro que el *berserker* no se andaba con rodeos ni tenía ganas de meterse en las trifulcas entre ellos.

Sin esperar a que ninguno de ellos respondiera, el Rojo miró directamente al

viejo jefe y esperó que este contará su versión de lo sucedido, por rocambolesca que los demás quisieran pintarla.

—Desde que desapareció la primera persona estoy diciendo que son los demonios de los bosques, no solo porque me crea los relatos sobre ellos, que lo hago, sino porque todas las desapariciones, por si ninguno de vosotros no se ha fijado o no ha querido verlo, están teniendo lugar cerca de los bosques que hay al norte de la isla y...

—Memeces —espetó uno de los jefes interrumpiendo al viejo, pero este no se inmutó, se aclaró la garganta y siguió.

—Desde hace mucho tiempo... bueno, en realidad, desde siempre, los bosques que hay al norte de la isla siempre se han considerado lugares malditos, poseídos por seres malignos. Por lo que es poco habitual que nos acerquemos, nos creamos los cuentos o no. —Hizo una pausa para comprobar que no lo volvían a interrumpir y prosiguió—: Los bosques siempre han estado infestados de demonios, seres que se mueven por las sombras, que acechan a los viajeros, y que solo abandonan su espesura para capturar a sus presas, para después sacrificarlas y comérselas.

—¿Son algún tipo de criaturas qué comen hombres? —preguntó Karnak.

—Exacto —afirmó el viejo—. Es cierto que no es muy habitual que se apoderen de tanta gente, pero a lo largo de la historia, y por lo que yo recuerdo, siempre ha habido desapariciones de este tipo, solo que ahora parecen más sedientos de sangre que nunca.

Karnak se rascó el mentón. Era cierto que aquella era una teoría endeble, pero teniendo en cuenta que ninguno de los otros jefes parecía dispuesto a aportar nada más, era la mejor opción para intentar averiguar lo que estaba sucediendo en aquellas aldeas.

—¿Y dices que la mayoría de las desapariciones ha tenido lugar cerca de los bosques?

El viejo asintió y dijo:

—Estos cobardes tal vez lo negarán porque no quieren que creamos en los demonios que habitan en ellos, pero todas han tenido lugar cerca de los bosques.

—¿No me vas a decir que lo crees? —preguntó Argos sorprendido porque el *berserker* hiciera caso a las habladurías del viejo.

—Para creerlo, primero tengo que verlo, y como ninguno de vosotros me ha

dicho nada más de utilidad, esta es mi mejor opción.

Aunque por un momento lo esperó, Karnak se sorprendió al ver que ninguno de los presentes ponía objeciones.

—Mañana al amanecer partiré hacia el norte para explorar los bosques — anunció levantándose y zanjando la reunión con los jefes—, sea para encontrar a esos demonios, a un simple depredador que últimamente haya tenido más suerte de lo habitual.

Al oírlo, el viejo borró la sonrisa triunfal que había presidido su rostro, mientras que los demás jefes se quedaron sin palabras ante la determinación unilateral del *berserker*.

Y, sin más, Karnak abandonó la sala comunal preguntándose: «¿Seguirá Pia en su cabaña?».

5

Tal y como había afirmado con contundencia, Karnak emprendió la marcha a la mañana siguiente, cuando los primeros rayos de sol intentaban imponerse por encima del horizonte. Pero cuando todavía no había podido dar un par de pasos, la voz de Argos lo detuvo.

—Espera, Karnak.

El Rojo cerró los ojos con hastío, aunque había sido bien recibido y agradecía el hecho de haber conocido a Pia, la falsa diplomacia que imperaba en aquellas aldeas empezaba a cansarlo. Lentamente, se dio la vuelta y miró a su anfitrión, para darse cuenta que no iba solo, sino que lo acompañaban cuatro hombres, entre los que se encontraba Torben, el bigotudo guardián de la casa comunal.

—Estos hombres te acompañarán —dijo Argos.

—No me hace falta compañía —respondió Karnak.

—Nunca has estado en ese bosque.

—Puedo encontrarlo por mí solo —replicó el Rojo.

Argos ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Por muy *berserker* que seas, si es cierto lo que se cuenta de esos bosques, agradecerás que haya insistido en que estos cuatro hombres te acompañen... que te cubran las espaldas.

Karnak observó a Argos mientras se llevaba la palma de su mano al rostro para frotarse la mejilla mal afeitada, para después examinar a los cuatro hombres que, supuestamente, estarían a su altura para acompañarlo y ayudarlo.

—Está bien —dijo casi a regañadientes, pero no quería enfrentarse al jefe de la aldea, que podría echarlo de ella en cualquier momento. Sin embargo, antes de que Torben y los otros tres pudieran dar un paso, añadió—: Pero mando yo.

Argos sonrió.

—Por supuesto, *berserker*. Ellos serán tus guías y custodios, pero la voz cantante la llevarás tú —dijo Argos, aunque por su tono de voz, Karnak pudo saber que, con ese movimiento, el que demostraba estar al mando era el jefe de la aldea.

Aunque exteriormente asintió, en su interior, Karnak no pudo evitar pensar: «Ya te apañarás con sus familias cuando los degollen o les suceda algo peor».

Sin más dilación, Karnak emprendió la marcha y los cuatro hombres aceleraron el paso para unirse a él, dejando a su espalda a Argos, que rápidamente desapareció entre las cabañas.

No tardaron en abandonar la aldea y encaminarse al norte, el camino era bastante fácil y evidente. Karnak nunca había explorado aquella isla, pero conocía lo suficiente de la geografía de las Íbridas como para poder encontrar un bosque en el norte... si avanzaba y llegaba al mar sin encontrar árboles, se había equivocado. Sin embargo, Torben y los otros hombres, como nativos del lugar, conocían los atajos y los mejores senderos para llegar cuanto antes al susodicho bosque maldito, por lo que la marcha no duró demasiado y, pronto, vieron como el horizonte se espesaba en un bosque verde, de poblados árboles y cuyas sombras eran bastante oscuras.

—Ahí lo tienes, *berserker* —anunció Torben señalando con el dedo desde la pequeña colina en la que se encontraban, desde la que el guerrero errante pudo ver como el bosque se extendía hacia el norte, sin apenas claros o espacio en su interior.

«Debe ser inhóspito», pensó Karnak.

Poco después estaban frente a lo que se asemejaba una muralla de troncos cubiertos por musgo y cuyas ramas se entrelazaban repletas de hojas de un color verde oscuro.

Karnak examinó el lugar con el ceño fruncido, como si supiera que nada bueno podía haber bajo las copas de aquellos árboles y, sin dirigirse a los otros, dijo:

—Aún estáis a tiempo de marcharos.

—No lo haremos —afirmó Torben en nombre de todos.

—Si lo preferís, podéis esperarme aquí y nadie sabrá que no me habéis acompañado —insistió el *berserker*, sabiendo que, tal vez, aquellos hombres los movía más el honor que la propia voluntad.

—No hace falta que sigas, Karnak, sabemos qué vamos a hacer, no le tememos al bosque, por lo que, cuando quieras, podemos seguir.

Karnak no respondió, sino que, simplemente desenvainó su espada y avanzó hacia el bosque mientras se decía: «no sabéis qué vais a hacer», pensando que, si era cierto lo que el viejo había contado, cargaría con la muerte de esos hombres en su consciencia como lo había hecho de muchos otros antes.

Con dos potentes espadazos, Karnak abrió espacio entre la maleza que se apilaba en la parte baja de aquellos viejos troncos, y pudo abrir un estrecho sendero entre ellos, hasta encontrar lo que parecía un camino muy poco transitado en el interior del bosque. Una vez dentro, el *berserker* hizo que su espada resplandeciera como una antorcha, permitiéndole ver por dónde andaba. Tras él, los cuatro hombres de Argos se hicieron con unas ramas y las prendieron para conseguir luz, mientras que con la mano libre empuñaban sus propias armas.

Aunque la luz les permitía ver algo, era muy poco, ya que en seguida se dieron cuenta de que los árboles ocupaban gran parte de aquel bosque, por lo que sus ramas formaban auténticas paredes, convirtiéndolo en un laberinto que los obligaba a avanzar en una dirección determinada. Karnak hubiera podido abrirse paso con la magia de su espada, pero quería que el bosque le hablara, que le contara lo que les había podido suceder a los desaparecidos, si es que, realmente, lo habían hecho allí.

—Id con cuidado y mantened los ojos abiertos a cualquier indicio —dijo Karnak como única orden.

Torben y los otros asintieron mientras seguían avanzado detrás del *berserker* y la tambalante luz de sus antorchas provocaba que un millar de sombras bailotearan a su alrededor. Ninguno de ellos supo durante cuánto tiempo avanzaron ni si se adentraron mucho en el bosque, ya que la oscuridad les había hecho perder la noción del tiempo y del espacio, pero en seguida tuvieron la sensación de que hacía demasiado tiempo que se encontraban allí, en el interior de aquella trampa.

Cualquier crujido, soplo de aire o movimiento extraño hacía que los cuatro hombres se sobresaltarán, poniendo todos los sentidos en alerta, sin saber exactamente a qué se enfrentaban. Eran guerreros, no tenían miedo a una batalla, pero si a lo que se contaba de aquel bosque, por mucho que quisieran negarlo antes. Sin embargo, si las leyendas eran ciertas, en cualquier momento se podían encontrar con los demonios que lo habitaban, seres que cazaban hombres para alimentarse y sacrificarlos.

Aunque el corazón de Karnak estaba tranquilo, en peores situaciones se había visto, al cabo de muy poco de estar en aquel bosque sintió que lo que aquel viejo jefe le había contado era cierto. Sus sentidos de *berserker*, acostumbrados a lo

largo de los años, le decían que en cuanto habían puesto un pie bajo aquellos árboles, alguien o algo lo estaba observando, acechándolos, esperando el momento oportuno...

Un grito ahogado distrajo a Karnak de sus pensamientos y lo obligó a girarse, tras él ya no había cuatro hombres, sino solo tres.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el Rojo interrogando a los otros.

—Jan... ya no está... ha desaparecido... —dijo Torben sin poder dejar de mirar hacia el lugar que había ocupado su compañero—. Estaba allí, de repente, ha gritado y ha desaparecido engullido por la maleza.

Los otros dos no estaban mucho más tranquilos que Torben, por lo que Karnak no pudo más que decirles:

—Tranquilos, permaneced unidos detrás de mí y sigamos...

Pero en lugar de hacerle caso, aquellos dos hombres tomaron la decisión, equivocada, de volver sobre sus pasos, y, rápidamente, desaparecieron de la vista de Karnak y Torben, que no tardaron en oír los alaridos de terror que emitieron ambos cuando, lo que fuera que había allí escondido, los atrapó.

—¿No deberíamos regresar? —preguntó Torben.

—Como acabas de comprobar, corremos el mismo peligro tanto si volvemos como si seguimos avanzando —respondió—, pero ya os di la oportunidad de no venir conmigo, así que ahora, asumid las consecuencias.

Torben tragó saliva con tanta fuerza que Karnak pudo oírlo antes de seguir andando dejándose guiar por el bosque, y el otro se apresuró a seguirlo, mirando en todas direcciones, a la espera de lo que pudiese ocurrir. El primero en darse cuenta, por descontado, fue Karnak que detuvo la marcha y, con la mano, hizo que Torben también lo hiciera.

—¿Qué...?

—Silencio —masculló el *berserker* mientras fijaba sus ambarinas pupilas en el sotobosque.

Torben obedeció y miró en la misma dirección que lo estaba haciendo Karnak, y aunque tardó en poder distinguir qué era lo que estaba mirando el Rojo, no le pasaron por alto las diversas sombras que iban de un lado a otro, saltando entre la maleza, escurriéndose entre los troncos y, en definitiva, acechándolos.

—Demonios... —No pudo evitar susurrar.

Karnak lo miró con odio al oírle la voz y le hizo un gesto para que callase, pero

él tampoco pudo permanecer callado y respondió entre susurros:

—No, solo son hombres.

Torben se lo miró incrédulo, por mucho que dijera aquel *berserker*, él hacía demasiados años que oía las leyendas sobre aquel bosque y los demonios que lo habitaban.

De repente, aquellas sombras, que hasta entonces solo se movían de un lado a otro de forma fugaz, empezaron a rodearlos con premura, siendo cada vez más numerosas, y moviéndose cada vez más lentamente, como si ya no tuvieran reparos en ser descubiertas por aquellos dos extraños en su bosque.

Karnak percibió el peligro que aquello significaba y le dijo a Torben:

—Corre.

—¿Qué? —preguntó el otro, aún petrificado por la sensación de que, en cualquier momento, seguiría el camino de sus compañeros que ya habían desaparecido.

—¡Corre! —repitió Karnak haciendo lo propio y desplazándose por el bosque sin remordimientos, blandiendo su espada para abrirse camino en cualquier dirección.

Sintió como Torben corría despavorido a sus espaldas, intentando seguir el ritmo de las piernas del *berserker*, pero en seguida empezó a quedarse atrás, sin la antorcha que había perdido en la huida y empuñando una espada que no le serviría de mucho.

—Mierda —masculló Karnak girándose para regresar en su búsqueda, pero antes de que pudiera hacerlo, vio como Torben se detenía y lo observaba con el rostro compungido por el pánico. Un instante después, las sombras se abalanzaron sobre él y desapareció.

«Ya sabía yo que debía haber venido solo», se lamentó Karnak a la vez que giraba sobre sus talones para arremeter contra la espesa maleza de aquel sotobosque y poder seguir avanzando, pero no pudo hacerlo. Al dar el primer paso, su pie derecho se quedó encallado entre las raíces de un árbol. El *berserker* gruñó de rabia y empezó a golpearlas con su espada, pero no fue lo suficientemente rápido, y escasos instantes después, las sombras cernieron sobre él y solo pudo decir:

—Me cago en todos sus muertos.

Antes de que una decena de manos lo aprisionaran como fuertes tenazas y

un objeto contundente le golpeará la nuca para noquearlo. Su maldito y jodido punto débil.

6

Cuando recuperó el conocimiento, Karnak sintió su cabeza embotada. El golpe que había recibido había sido bastante contundente e, incluso, tenía la sensación de que una mancha de sangre presidía su nuca. Parpadeó desacompasadamente y descubrió en la tesitura que se encontraba. Estaba atado de pies y manos, amordazado y arrodillado frente a lo que parecía ser una gran hoguera... pero con su espada colgando de la espalda.

«No deben considerarme una amenaza», pensó.

A su derecha había los cuatro hombres que creía que habían desaparecido para siempre en la misma situación que él, que, en cuanto vieron que se despertaba, empezaron a moverse angustiados, como si esperaran que el *berserker* los pudiera sacar de allí.

Alrededor de la hoguera había decenas de hombres y mujeres, los ya mencionados demonios, que habían perdido ya su condición paranormal, para ser simples salvajes, probablemente caníbales. Si uno los observaba bien, veía en ellos los mismos rasgos que el de los habitantes de la aldea de Argos y las de sus cercanías, por lo que lo único que los diferenciaba era la cultura. Todos, tanto hombres como mujeres, llevaban el pecho descubierto y cubrían su bajo vientre con lo que parecía un taparrabos de cuero, mientras que el resto del cuerpo lo llevaban decorado con intrincados dibujos de un color azulado. Los cabellos, pelirrojos o rubios, los llevaban recogidos con exageradas trenzas que caían sobre sus hombros. Pero, sin lugar a dudas, lo que los había convertido en demonios para el resto de habitantes de las Íbridas, era la actitud que mostraban incluso en lo que Karnak identificó como su poblado, refugio o como diablos lo llamasen. Estaban como poseídos, se movían de un lugar a otro, mostrando los dientes, con arrebatos de ira, saltando, y alzando los brazos al son de una cantinela que, incluso a él, le estaba poniendo el pelo de punta.

Karnak suspiró, pero en cuanto aquella tribu vio que había despertado, un hombre se apartó de los demás y se acercó a él, para cogerlo del mentón y clavar sus pupilas azules en las suyas.

Tras unos segundos, el hombre lo dejó, se giró y, alzando las manos al aire, exclamó algo que Karnak no entendió, pero si comprendió.

«Mierda», se lamentó bajando la cabeza, sabiendo que, en aquel preciso momento, junto con sus compañeros, se había convertido en el nuevo sacrificio humano de aquella tribu... ya lo había vivido con anterioridad, y no era algo agradable.

La respuesta del resto de la tribu fue gritar con grandes aspavientos, más exagerados que antes, provocando que Torben y los otros empezaran a temblar, si es que no lo habían hecho antes.

Cinco caníbales se separaron de la multitud y danzando tras el que parecía el sacerdote o, al menos, el maestro de ceremonias, se fueron acercando a sus presas, obligándolas a levantarse y a andar como pudieron con los pies atados. Lentamente, los apartaron de la hoguera, siendo rápidamente rodeados por una multitud demasiado entusiasmada para el gusto del *berserker*, y los encaminaron a un lugar en el que la luz procedía de las antorchas que había colgadas en diferentes árboles, alrededor de lo que parecía un agujero en el suelo.

«Un pozo natural», pensó Karnak. «Por eso tienen su refugio aquí».

Los obligaron a situarse en el borde, se podía decir que los dedos de sus pies danzaban en el vacío, de lo cerca que estaban del agujero, el fondo del cuál solo se percibía sutilmente, ya que luz no era suficientemente fuerte como para iluminar su interior, mientras que los caníbales que los habían conducido hasta allí, se situaron a sus espaldas.

«Oh, oh...», se lamentó Karnak, pero antes de que pudiera pensar la manera de salir de aquel atolladero, el primer caníbal actuó, degollando sin compasión al primero de los hombres de Torben.

Un grito ensordecido por la mordaza salió de su boca, pero rápidamente se perdió cuando la sangre salió a borbotones de su cuello, un instante antes de que el caníbal lo empujara para arrojarlo al vacío.

Al verlo, Torben, que estaba al lado de Karnak, se giró pidiendo auxilio con la mirada, suplicándole que se apresurara para sacarlos de allí. Pero los caníbales fueron más rápidos, ya que los dos siguientes sacrificios fueron arrojados al agujero mientras se desangraban. En ninguno de los tres casos, Karnak pudo oír dónde caían ni lo profundo que era aquel pozo, ya que la turba de caníbales de su alrededor cantaban y gruñían de manera ensordecedora. Tan solo pudo distinguir un escandaloso chapoteo.

Antes de que pudiera hacer nada, llegó el turno de Torben, cuyo bigote se

empapó de lágrimas cuando el caníbal le echó la cabeza hacia atrás y le rasgó el cuello con lo que parecía un cuchillo de sílex. Karnak vio la expresión de pánico en el rostro de aquel hombre un instante antes de que siguiera a sus compañeros.

«Ha llegado mi hora», se dijo Karnak sabiendo que el siguiente era él, por lo que se preparó y, sin miedo, fue él mismo el que echó la cabeza atrás, no permitiría que lo trataran como a un cerdo.

Sin embargo, cuando esperaba que el suave filo de piedra le acariciara el cuello, el sacerdote lo miró a los ojos, negó con la cabeza y soltó una carcajada.

—No, amigo, no —dijo con un extraño acento—. Tú eres especial.

«Es que uno no puede ser sacrificado en paz como cualquier otro», se lamentó el *berserker* antes de que los cinco guardianes lo llevaran a empujones hacia otra dirección.

Sin embargo, ahora, Karnak se revolvió, no quería ponerles las cosas fáciles a esos cabrones, que seguramente buscaban la manera más creativa de matarlo, ya que, seguramente, habían visto que no era un hombre como los otros, sino que tenía algo que lo hacía, supuestamente, especial, diferente.

«O raro», concluyó el *berserker* malhumorado mientras aquellos cinco salvajes lo empujaban de mala manera, hasta que tropezó y cayó de rodillas frente a algo que no esperaba encontrarse.

Ante él había una pared de piedra que alzaba hasta confundirse con las copas de los árboles, en la que había esculpido el rostro gigantesco de un hombre con el pelo largo y barba espesa, y cuya boca era la entrada de una cueva.

«Qué acogedor», se dijo Karnak.

Entonces, el sacerdote se acercó a él, le quitó la mordaza y le cortó las cuerdas que lo ataban.

—Pero ¿qué coño...?

Sin embargo, antes de que Karnak pudiera preguntar que lógica seguía aquel ritual, el hombre lo empujó, para que avanzara hacia la cueva.

El *berserker* se giró y le clavó su mirada enfurecida.

—¿Crees que habiéndome soltado y degollado a mis compañeros, ahora me meteré por voluntad propia en esa cueva? —espetó.

El hombre lo escuchó pero hizo como si no lo entendiera o no quisiera entenderlo, ya que lo empujó de nuevo, esta vez golpeándole con más fuerza el pecho.

Sin miramientos, Karnak desenvainó su espada y, con ella, apuntó al sacerdote, que no se inmutó.

—Tú, entras —dijo con parquedad.

—No.

El hombre soltó una sonora carcajada que inquietó a Karnak.

—Sí...

Y antes de que terminara de pronunciar aquella simple palabra, la tribu de caníbales dejaron de bailar y cantar, para apuntarlo con sus arcos o relamerse los labios mientras le mostraban sus afiladas armas de piedra.

El *berserker* bufó hastiado, cansado de verse en aquellas situaciones que rozaban lo absurdo, y añorando el calor del cuerpo de Pia.

«¿Me estaré obsesionando con ella?», se preguntó a la vez que guardaba su espada y alzaba las palmas de sus manos en son de paz.

—Está bien, está bien... Entraré —accedió a regañadientes.

El sacerdote sonrió complacido y el resto de la tribu bajó sus armas.

Karnak dejó de mirar a aquel público tan convincente y se encaró con la entrada de la cueva, dejando que su mirada recorriera los detalles de aquel rostro de hombre que lo observaba con el ceño fruncido con ira, como si quisiera devorarte si no entrabas por tu propio pie en su boca.

—Qué guapo eres, tío —gruñó mientras empezaba a acercarse.

En cuanto vieron que el *berserker* hacía lo que ellos esperaban, los caníbales volvieron a entusiasmarse, cantando, bailando y saltando, pero a una distancia prudencial, como si tuvieran miedo de Karnak...

«No, no es eso», se dijo el guerrero errante, ya que un instante antes no habían dudado en enfrentarse a él, como cuando lo habían capturado. No le costó demasiado llegar a la verdad: «Tienen miedo de lo que hay ahí dentro».

Lentamente, paso a paso, Karnak siguió acercándose a la boca de aquel hombre, que cada vez era más grande y aterrador, al cernirse sobre él la sombra de su presencia. A pesar de ser un *berserker* y de la fama que lo precedía, así como del sobrenombre por el que lo conocían, Karnak era mortal, su vida corría peligro cada vez que se enfrentaba a cualquier tipo de amenaza, por lo que el mero hecho de tener que adentrarse en aquella oscura cueva, no lo tranquilizaba, más bien todo lo contrario, le tensionaba todo el cuerpo.

Sin miedo a lo que pudieran hacer los caníbales, Karnak desenvainó de nuevo

su espada y le imbuyó la magia para que esta brillara con la mayor fuerza que le era posible. Sin embargo, no consiguió gran cosa, en cuanto estuvo bajo el umbral de la cueva, justo debajo de los incisivos de la figura grabada en la piedra, se dio cuenta de que el espacio que había en el interior de aquella cueva era mucho más grande de lo que esperaba, y la luz solo iluminaba hasta una cierta distancia.

«Échale huevos, Karnak», se alentó y, sin más, cruzó definitivamente el umbral de aquella cueva, mientras que centenares de caníbales se volvían locos de satisfacción al ver como el *berserker* se fundía con la oscuridad.

7

En cuanto estuvo dentro de la cueva, lo primero que sintió fue un descenso de la temperatura, se podría decir que hacía frío, así como el perfume característico de la humedad típica de los lugares llenos de agua, como los pozos o las cuevas submarinas, que llegaba hasta él por una corriente de aire que parecía emerger de las profundidades de la tierra.

Poco a poco, poniendo un pie delante del otro con sumo cuidado, Karnak se adentró en aquella cueva, mientras que la entrada, el único punto de luz además de su espada, se empequeñecía a su espalda. Aunque en un principio tuvo la sensación de que el interior de aquel lugar era mucho más grande de lo que aparentaba, a medida que fue sumergiéndose en aquella inhóspita oscuridad, se percató que el sonido de sus pasos y de sus respiraciones rebotaba rápidamente contra las paredes y los techos, indicándole que aquello se iba encogiendo. Llevado por la curiosidad, el *berserker* alzó la espada en el aire, pero la mala fortuna lo acompañó, ya que aquel sutil movimiento provocó la ira de centenares de murciélagos que estaban dormitando colgando del techo y que se despertaron de golpe.

—Mierda —masculló.

Como un torbellino negro de aleteos, la marabunta de murciélagos se abalanzó sobre el guerrero errante, y aunque no le daban ni miedo ni grima, su instinto lo obligó a encoger la cabeza y esperar a que salieran tras el único punto de luz... pero la luz que emanaba su espada los atrajo aún más que la salida de la cueva, y revolotearon a su alrededor con furia, como si quisieran atacar a Karnak. El *berserker* apagó su espada y, casi de inmediato, los murciélagos, que lo habían envuelto en una nube de alas, se desperdigaron y se encaminaron, esta vez sí, hacia la salida.

«Espero que ninguno se me haya enredado en el pelo», bromeó para sus adentros mientras volvía a encender su espada para ver como un solitario animal de aquellos daba dos vueltas a su alrededor y desaparecía en la oscuridad.

Habiéndose asegurado que aquella amenaza —más incómoda que peligrosa— había pasado, el *berserker* prosiguió su camino. No tardó demasiado en darse cuenta de que el suelo seco y de piedra que había pisado hasta entonces, empezó

a sentirse húmedo, mojado, haciendo que la piedra fuera resbaladiza por el moho que la cubría. Aunque puso mucha atención y procuró no resbalar, en seguida sus pasos se volvieron inseguros sobre aquel suelo.

«Solo me faltaba esto», protestó.

Desde que había entrado e iluminado el interior, Karnak no había dejado de dirigir la luz de su espada de un lado a otro, buscando posibles desviaciones y cruces de túneles, pero aquella cueva parecía tener sólo un camino, uno que, de repente, empezó a descender hacia el interior de la tierra. Situando los pies de costado, Karnak procuró evitar que su culo cayera al suelo y descendiera aquella rampa de espaldas y sin control, pero parecía que aquel lugar estaba hecho como si de una trampa se tratara, ya que, si por un lado el suelo se inclinó vertiginosamente, el techo menguó de altura, haciendo que Karnak no solo tuviera que vigilar sus pies, sino también su cabeza.

Inevitablemente, cuando menos se lo esperaba y mientras rezaba para que aquel descenso terminara, calculó mal la altura del lugar, golpeó su cabeza contra un saliente, protestó, se distrajo, apoyó mal un pie, resbaló y su cuerpo cayó al suelo. Un segundo antes de que perdiera el control, no pudo evitar pensar: «Me cago en los malditos caníbales».

Un instante después, sintiendo como su cuerpo resbalaba por el suelo impregnado de humedad, descendió aquel túnel sujetando con fuerza su espada frente a él y preparándose para responder a cualquier imprevisto. Aunque tuviera poco tiempo, no se dejaría atrapar como un conejo estúpido.

El túnel giró de izquierda a derecha casi sin que Karnak lo notase, ya que las curvas de aquel lugar eran tan suaves y lisas, que apenas se percató, aunque sí que fue consciente de cuánto se había desorientado, ya que, llegados a aquel momento, ya no sabía lo profundo que estaba ni lo alejado que se encontraba de la entrada de la cueva. Sin embargo, no tuvo demasiado tiempo para pensar, ya que frente a sus ojos vio como el túnel volvía a abrirse de nuevo, permitiéndole comprobar que solo había suelo y no paredes, y que éstas desaparecían en la oscuridad. Y, sin tiempo a prepararse, aquella rampa se inclinó de nuevo hacia arriba, provocando que Karnak saliera disparado hacia el vacío que parecía envolverlo todo. Durante unos segundos, el *berserker* creyó haberse perdido en el espacio más profundo, ya que a su alrededor solo había negrura, hasta que sintió como caía e impactaba contra la dura superficie del agua, que se rompió bajo su

peso.

Se revolvió mientras se mojaba de pies a cabeza en lo que supuso un lago subterráneo, origen de toda la humedad que había en la cueva. Al no ser una antorcha, su espada no se apagó con el contacto con el agua y él no permitió que el puño que la sujetaba se abriera, así que pudo ver, entre las turbias aguas y las grandes burbujas que lo envolvían, que la profundidad de aquel lugar era inconmensurable, ya que no vio el fondo ni las paredes que lo rodeaban.

Sabiendo que no lograría nada intentando medir aquel lugar, Karnak pataleó con fuerza y rápidamente salió a la superficie cogiendo una gran bocanada de aire enrarecido por la humedad.

Con la espada alzada para alumbrar su alrededor, Karnak se tiró hacia atrás su espesa melena negra y miró el interior de la cueva, escrutando cuanto pudiera ver para guiarse y seguir avanzando.

—Perfecto... —bufó el *berserker* al comprobar que, en realidad, no veía nada y que, escogiera la dirección que escogiera, estaría yendo a ciegas—. Esos caníbales son unos cabrones... casi hubiera preferido ser el plato principal.

Valiéndose solo del brazo izquierdo y de sus piernas, el guerrero errante empezó a nadar por aquel lago subterráneo sin saber muy bien adónde iba, aunque intentando mantener una dirección para, tarde o temprano, dar, al menos, con una pared de la cueva. Pero en lugar de conseguir aquel triste objetivo, lo que Karnak sintió fue que algo se movía bajo sus pies. Detuvo su avance, para confirmar que no se había confundido y había notado las olas que él mismo provocaba, pero, como sus sentidos no solían engañarlo, en seguida se dio cuenta que, bajo sus pies, había algo vivo que lo estaba acechando en las profundidades de aquel lago subterráneo.

Otro, tal vez, habría empezado a nadar como un loco rezando para dar con una orilla, por pequeña que fuera, para ponerse a salvo; o se habría acojonado al pensar lo que fuera que estaría siguiéndolo; pero, en su lugar, Karnak hizo lo que era más sensato, envainó su espada y empezó a coger todo el aire que sus pulmones pudieron, llenándolos con una reserva que le permitiera actuar bajo el agua, y no se equivocaba.

Un momento después del primer acercamiento de lo que fuera que tenía bajo los pies, Karnak sintió más movimiento, pero esta vez más cerca, y lo inevitable no tardó en suceder. Algo lo agarró por el tobillo derecho y lo hundió en aquellas

oscuras aguas, haciendo que en su superficie se provocara un pequeño oleaje que, al poco, se diluyó hasta que el agua se compactó de nuevo.

Siendo tirado por el pie, Karnak se sumergió en lo más profundo de aquellas aguas, pero no se rindió, ya que su intención no era perecer en aquella maldita cueva como un estúpido sacrificio de aquellos caníbales que aterrorizaban a las aldeas de las Íbridas. No, en cuanto pudo, Karnak encogió su cuerpo y, con sus poderosas, manos se agarró a lo que fuera que lo tenía cogido y lo palpó, distinguiendo unos grandes dientes.

«Genial», refunfuñó para sus adentros.

Ni corto ni perezoso, se soltó, cogió la empuñadura de su espada con ambas manos, hizo que esta se iluminara y giró su cuerpo para asestar el primer golpe. Fue solo un segundo, pero la luz que emanaba de su hoja, le permitió ver la cabeza de un ser descomunal con unos ojos negros que lo miraron enfadados.

La criatura lo soltó, pero Karnak no lo hizo y en cuanto el animal se revolvió a su lado, una de sus manos se agarró a lo que creyó que era una aleta, y mientras aquel monstruo se sumergía haciendo eses para sacarse de encima aquel pequeño humano. El *berserker* empezó a escalar por la piel de aquel ser, clavando sus dedos y la hoja de su espada para seguir avanzando. No permitiría que un simple y estúpido animal gigantesco lo dejara tirado en aquel lago.

Imbuido por el terror, el animal se sumergió todavía más y se adentró en el interior de la tierra, siguiendo un túnel subacuático en el que esperaba encontrar la salvación. Cuando había sentido movimiento en la superficie del agua, su instinto le había dicho que sería como las otras veces, que un pequeño ser chapotearía en la superficie a su merced, hasta que él se lo comiera, pero en este caso había sido diferente. Y lo que creía que era comida se había convertido en una amenaza que sentía como le subía por la espalda.

Karnak avanzó sin piedad y comprendió que aquel ser era al que los caníbales hacían sus sacrificios, y al que tenían miedo, seguro que en la antigüedad su tribu se había topado con un antepasado suyo y se los había zampado, provocando que ahora fuera considerado algún tipo de dios malvado.

Lentamente, pero sin detenerse, Karnak fue ascendiendo hasta el lomo de aquel animal a mitad de camino de una tortuga y un lagarto marino, cuya piel era dura y resbaladiza como la de una ballena, y su sangre caliente como la de cualquier mamífero. Sin que el animal tuviera salida, Karnak se sentó sobre su

lomo a horcadas, clavó su espada con violencia casi hasta la empuñadura, y se sujetó tanto como pudo a la espera de que ese ser detuviera aquella carrera.

Con la poca luz de su espada y la velocidad que llevaba el animal, el guerrero errante no pudo ver demasiado, pero comprendió que el monstruo estaba recorriendo una red de galerías que recorrían aquella isla de las Íbridas. No tardó demasiado en suceder lo que esperaba, ya que el túnel ascendió repentinamente y tras un par de recodos llenos de piedras que Karnak esquivó, se agrandó y fue a parar a un lugar mucho más abierto... pero esta vez estaba iluminado. La luz del sol cruzaba la superficie del agua y lo llenaba todo, permitiéndole ver al *berserker* que se hallaba en alguna especie de lago. La criatura se revolvió, en un último y vano intento de sacarse de encima a Karnak, pero, al no conseguirlo, hizo lo que este quería, emerger a la superficie.

Entonces fue cuando, agarrándose fuerte, Karnak pensó:

«Ya eres mío».

8

En cuanto el aire llenó de nuevo los pulmones del *berserker*, este sintió que las fuerzas que había casi agotado para mantenerse firmemente sobre el lomo de aquella fiera, se recuperaban hasta el punto de permitirle seguir atacando. El monstruo lanzó un par de alaridos de dolor cuando Karnak clavó sus dedos en su piel y gritó con todas sus fuerzas, silenciando los gritos de dolor del animal.

Con una mano cogida a la piel del cuello de aquella criatura y con la otra blandiendo su espada, Karnak arqueó su cuerpo sin soltarse, para después arremeter con todas sus fuerzas. Cuando separó la hoja de la piel del animal, estaba teñida de rojo, y en el cuello del monstruo había una profunda herida del mismo color.

Fue entonces cuando el *berserker* sonrió en un horrible gesto, frunciendo el rostro y apretando los dientes, con una mueca que hubiese hecho temblar al caballero más valeroso.

—¡Ahora serás mío, maldito demonio! —exclamó con su voz grave mientras se encarnizaba con la herida que había abierto en el cuello de aquel monstruo, que ahora parecía un indefenso animal a manos del Rojo.

Sin embargo, la tarea de doblegar a aquella gigantesca criatura no fue fácil. A pesar de su tamaño se movía con agilidad por el agua, arqueando su lomo como un toro enfurecido, y Karnak tuvo que esforzarse mucho para mantenerse en su lomo, casi como si quisiera domar aquella criatura para después montarla.

El chapoteo de las aletas de aquel ser legendario levantó un oleaje que hizo subir el nivel del agua, hasta el punto de que el pastor que contemplaba aquella escena como su único espectador, hizo lo imposible para que, con la ayuda de su perro, apartar a su rebaño del violento encuentro entre el monstruo de Iver y aquel ser que parecía un hombre, pero que, sin lugar a dudas, no era uno cualquiera. Sin embargo, a pesar del miedo que le recorría todo el cuerpo, Ned no se fue, no huyó, quería saber qué era lo que sucedería a continuación. ¿Lograría la criatura quitárselo de encima y huir? ¿Sería el hombre el que acabaría venciendo a la bestia? La curiosidad le pudo y, asegurándose de que sus animales estuvieran a buen recaudo, permaneció a la espera del desenlace.

Golpe a golpe, espadazo a espadazo, Karnak fue debilitando aquel animal,

cuyos movimientos fueron ralentizándose, dando la impresión de que se estaba dando por vencido, como si en su mente salvaje algo le hubiera dicho que aquel sería su final. No contaba con que un ser pequeño aquel hombre —tan parecido a los muchos que había devorado a lo largo de su vida— consiguiera asustarlo de aquel modo y no lo soltara bajo ninguna circunstancia, hasta el punto de ver su futuro tan negro como para rendirse.

Por su parte, el torbellino de furia asesina que se había apoderado de Karnak —uno de los problemas de ser un *berserker*— le arrebató todos los sentidos e hizo que todo su cuerpo y mente se centraran en matar a aquel animal que, ahora, ya podríamos catalogar de inocente. Por este motivo, siguió cortando con violencia el cuello del animal, se deshizo de la piel, la grasa, la carne y llegó al hueso. Los primeros golpes solo hicieron sufrir al animal, pero no cortaron nada, pero cuando el *berserker* invocó su poder mediante la espada, esta partió el hueso como si fuera mantequilla.

En ese momento, justo cuando Karnak, literalmente, le partía el cuello, el monstruo de Iver, aquel ser legendario visto por muy pocos y adorado y temido por la tribu de caníbales de los bosques del norte, respiró por última vez, los ojos se le apagaron y cayó con gran estrépito sobre el agua. Una gran ola anunció el final de la criatura, de cuyo cuello emanó una oscura y espesa masa de sangre roja que se expandió sobre la superficie y se mezcló con las, hasta entonces, limpias aguas del lago.

El cuello sin acabar de cortar del animal se zarandó en el aire y cayó en la orilla, no muy lejos de dónde estaba Ned con su rebaño, haciendo que las ovejas perdieran el control y huyeran. El pastor mandó al perro a buscarlas llevándose las manos a la cabeza, todavía atónito por lo que acababa de presenciar. No podía creerse que aquello que veían sus ojos había ocurrido de verdad y no era fruto de alguna pesadilla inspirada en alguna historia que le contaran de niño.

«No había nadie con tanta imaginación en mi aldea cuando era joven», se dijo.

Cuando el titán marino cayó sin vida en el lago, Karnak lo hizo con él, y se sumergió en las frías aguas, que enseguida se atemperaron con la sangre de la bestia. Tras revolverse dentro del agua, salió a la superficie y, casi de un salto, se subió al cuerpo sin vida del animal, que recorrió como un pontón, hasta posar sus pies en la orilla, justo al lado de la cabeza del monstruo.

Respiró con fuerza, soltó un resoplido y se apartó el cabello del rostro, que

chorreaba la misma sangre mezclada con agua que empapaba todo su cuerpo. Se miró y gruñó, hastiado por aquel final.

Ned lo observaba a una distancia prudencial, por miedo a que él y sus animales fueran las siguientes víctimas de aquel hombre, pero antes de que pudiera decir o hacer nada con miedo a provocarlo, el *berserker* acometió un potente golpe con el filo de su espada contra el cuello del animal, justo bajo su mandíbula. Después de este, vinieron otros, acompañados por salpicaduras de sangre, crujidos de hueso y desmembramientos de carne, hasta que, por fin, logró su objetivo: separar la cabeza del animal de su cuello. Sin pensárselo dos veces, lo cogió y se lo apoyó en el hombro, después de lo cuál sí que se acercó a Ned.

El pastor, al ver como aquel gigante se cernía sobre él, dio un par de pasos hacia atrás, trastabilló y cayó de culo. Su perro corrió a socorrerle y empezó a ladrar hacia Karnak.

—Tranquilo, perro —dijo Karnak con voz grave pero tranquila, logrando que el animal se calmara y lo observara con curiosidad.

No como lo hacía Ned, en cuyos ojos el *berserker* podía verle el miedo.

—No te voy a hacer nada —dijo Karnak.

El hombre alzó las cejas con suspicacia, como si después de lo que había visto no pudiera creer sus palabras.

—De verdad, esto es otro asunto —continuó Karnak señalando con su cabeza la del monstruo de Iver, que chorreaba sangre sobre su espalda.

Al ver que el pastor seguía sin decir nada, Karnak le preguntó:

—¿Dónde estoy?

Aunque tenía claro que no había abandonado aquella isla de las Íbridas, el paseo por la cueva y las galerías submarinas lo había desubicado, empezando por el hecho de que ya era de día, mientras que cuando se había adentrado en la cueva era de noche.

—En... en la-lago de Iver —tartamudeó el pastor.

Karnak asintió y miró a su alrededor.

—¿Dónde están los bosques del norte?

Lentamente y con un temblor en la mano, Ned alzó el dedo índice de su mano derecha y apuntó en una dirección.

Karnak miró hacia allí y, de inmediato, supo dónde se encontraba, el camino que tenía que recorrer y a que distancia se hallaba de la aldea de Argos.

—Gracias —masculló el *berserker* a la vez que se encaminaba siguiendo la dirección que todavía apuntaba el dedo de Ned.

Cuando estuvo a cierta distancia, pero desde la cual todavía podía oírlo, el pasto volvió al presente y, sin saber por qué, quiso alertar al guerrero errante.

—Ve con cuidado, en los bosques hay...

Pero Karnak lo interrumpió y, sin mirarlo, dijo:

—Sí, sí, ya lo sé, en los bosques hay demonios.

Sin más, Karnak abandonó el lugar, dejando a Ned solo con sus animales frente a la horripilante estampa del monstruo de Iver sin cabeza yaciendo entre la orilla y el lago, mientras su sangre teñía las aguas.

«No volveré aquí hasta que esto haya desaparecido», se dijo Ned levantándose y azuzando a sus animales para alejarse cuanto antes de aquel horrible lugar... para no volver jamás.

9

Tal y como había supuesto cuando aquel pastor le había indicado la dirección, no tardó demasiado en plantarse frente a la espesa muralla de árboles y sotobosque en el que los caníbales habitaban y desde el que aterrorizaban aquella isla. Sin soltar la cabeza del monstruo, que cargaba por un motivo muy concreto, desenvainó su espada y, sin pensárselo dos veces, la blandió a diestro y siniestro para cortar ramas, troncos y arbustos y abrirse paso en aquel lugar inhóspito.

Después de su inesperada visita al lago de Iver, Karnak no estaba de muy buen humor, y menos ahora, que sentía como toda la ropa se le pegaba a la piel por el agua y la sangre que había en ella. Por ese motivo no estaba para sutilezas, así que, a diferencia de la anterior ocasión, no fue con cuidado, al contrario, puso todo su empeño en llamar la atención de aquella tribu de caníbales.

—¡Eeeoooh! —gritó con todas sus fuerzas mientras seguía avanzando—. ¡¿Dónde estáis caníbales de los cojones?!

Como era de esperar, en cuanto Karnak había puesto un pie en el bosque, las alarmas de aquella tribu de salvajes se habían activado y así que empezó a gritar, no tardó en ser rodeado por aquellas sombras que un día antes lo habían aterrorizado, pero que ahora esperaba con entusiasmo.

De la misma manera que había sucedido, las sombras empezaron a correr a su alrededor, acercándose, cerrando el cerco para abalanzarse sobre él en cuanto estuvieran lo suficientemente cerca. En cuanto las vio, el *berserker* soltó la cabeza de la criatura y empuñó su espada con ambas manos.

—Venga, venid, cabrones... —masculló sonriendo y preparándose para lo que estaba a punto de ocurrir.

Sin que apenas tuviera tiempo de reaccionar, el primero de los caníbales se abalanzó sobre él; pero Karnak fue más rápido, y antes de que aquel hombre lograra tocarlo, él ya lo había cortado por la mitad, cuyas dos partes cayeron en el suelo, sobre el que rebotaron. A pesar de aquel primer encuentro, los otros demonios no dudaron, sino que siguieron a su compañero sin pestañear, blandiendo sus armas de piedra.

Karnak intentó deshacerse de ellos igual que con el primero, pero estos fueron más hábiles y parecían estar preparados, ya que intentaron detener los

espada de Karnak... aunque fue un esfuerzo inútil, que solo sirvió para retrasar lo inevitable. Cuando el filo del *berserker* golpeó los de piedra de los caníbales, estos se rompieron en mil pequeñas esquirlas que llovieron sobre sus dueños, algo que los obligó a cerrar los ojos y protegerse, cometiendo un grave error.

En cuanto se deshizo de sus armas, los caníbales, más de media docena, estaban alrededor de Karnak y a su entera disposición y, aunque trataron de oponer resistencia, sólo consiguieron esquivar algún golpe, poco más. El guerrero errante, enfurecido por lo sucedido, no mostró piedad y cortó todo lo que encontró a su paso: brazos, piernas, cuellos... desmembrando a sus enemigos hasta que solo quedó uno, en cuyo cuello Karnak apoyó la afilada punta de su espada.

El hombre, como el guerrero que era, alzó la cabeza y se dispuso a morir, pero Karnak no cumplió sus deseos, sino que le dijo:

—Te ha tocado guiarme hasta tu pueblo.

El hombre no respondió, solo lo observó con el ceño fruncido.

—No me mires así que sé que me entiendes.

El caníbal no reaccionó... hasta que el *berserker* acercó aún más el frío acero a su piel, haciéndole comprender que no estaba para juegos.

—Ya tendrás tiempo de morir como un guerrero, ahora dime dónde está tu aldea.

El hombre siguió dudando, pero, finalmente, accedió y girando lentamente sobre sus talones empezó a andar por la espesura del sotobosque.

—Espera un momento, que me dejo algo —dijo Karnak antes de agacharse para coger y cargarse la cabeza del monstruo al hombro—. Ahora, sigue.

Y tras azuzarlo con la espada, el caníbal reemprendió la marcha seguido de cerca por el *berserker*, que estaba atento a cualquier movimiento sospechoso de aquel supuesto demonio, al que cortaría por la mitad sin dudarle si se resistía a hacerle de guía.

«Seguro que hay otros modos de llegar hasta ellos... pero este es el más fácil», pensó.

Tras los sacrificios de la noche anterior, la tribu de caníbales volvió a sus

quehaceres habituales, no muy distintos de los de una tribu más civilizada. Mientras los guerreros se adentraban en el bosque para proteger sus territorios, los demás permanecieron en la aldea, limpiando los restos de la fiesta que había celebrado después de que aquel gran hombre se sumergiera en la oscuridad de la cueva del dios al que adoraban desde hacía generaciones.

Otros procuraron que las pieles y las carnes de los sacrificios atrapados en noches anteriores no se pudrieran, conservándolos mediante antiguos métodos y pastas hechas con las hojas y las raíces que hallaban en el bosque los recolectores.

A pesar de proteger aquel territorio con uñas y dientes, literalmente, ninguno de ellos sabía porque se había escogido para instalar la aldea, ya que en el bosque había emplazamientos mejores, en bonitos y agradables claros. La mayoría creían que era por la proximidad al pozo y a la cueva de los sacrificios, ya que, de este modo, estarían lo suficientemente cerca de su dios para complacerlo y apaciguar su ira. Las viejas leyendas que contaban los sacerdotes decían que si el dios no era alimentado debidamente con la carne de sus enemigos, se enfurecería de tal manera que emergería de aquella cueva y los devoraría a ellos, por lo que lo mejor era no jugársela y seguir con las tradiciones.

Precisamente, el sacerdote que había oficiado el sacrificio de la noche anterior, ahora se hallaba frente a la cueva, recitando los antiguos hechizo para comprobar de que todo estaba en su sitio y no había nada que pudiera romper el equilibrio entre su tribu y el dios al que adoraban.

Tan ensimismado estaba en esa tarea, que no se dio cuenta de que, a su espalda, justo donde la aldea se fundía con el bosque, aparecía uno de los guardias, recubierto por un sudor frío y un gesto de terror en su rostro. Tampoco se percató del que lo acompañaba, por lo que cuando el guardia avanzó hasta él y golpeó suavemente su hombro, ni tan siquiera se giró.

—Oh, gran sacerdote, traigo algo que debe ver —dijo en su lengua.

—Ahora, no puedo, estoy ocupado —respondió el sacerdote.

El guardia carraspeó e insistió.

—Lo siento, oh, gran sacerdote, pero es algo muy importante.

—¡No tanto como la ira de nuestro dios! —exclamó el otro intentando concentrarse en su tarea.

—Pero es que... —empezó a decir el guardia a la vez que se arrodillaba con

respeto y en señal de súplica, pero el sacerdote lo interrumpió alzando la mano antes de girar sobre sí mismo y querer reprenderlo por sus actos.

Sin embargo, lo que vio el gran sacerdote lo dejó atónito. Justo detrás del guardia, con el filo de su espada en ristre, estaba el gran guerrero que habían capturado el día anterior y que ahora creía muerto a manos de su dios.

—No... puede... ser... —dijo el sacerdote en una lengua que Karnak sí que comprendió—. Tú muerto por nuestro dios...

Karnak sonrió y lanzó la cabeza del monstruo a los pies del sacerdote, contra los que golpeó tras rodar por el suelo de forma ridícula.

—Aquí tienes a tu dios.

Aunque el sacerdote había tardado en darse cuenta de la presencia de Karnak, no había sido así para otros miembros de aquella tribu, que avisaron a otros, y, al poco, fueron muchos los que observaban la escena en la que el sacerdote contemplaba sin palabras al *berserker*.

—No puede ser —repitió el sacerdote a la vez que echaba rápidas miradas hacia la entrada de la cueva, aquella boca grabada en la pared de piedra.

—Claro que puede ser, capullo —espetó Karnak frunciendo el rostro, aún cabreado por lo que le habían hecho pasar innecesariamente, ya que allí estaba de vuelta, habiendo demostrado que no había dioses —o al menos monstruos— que se le resistieran.

El sacerdote miró la cabeza del monstruo, después a Karnak y después la cueva, una vez tras otra, mientras sacudía la cabeza con desesperación, intentando asimilar que aquel hombre había matado al dios que había adorado su pueblo durante generaciones. En su mente no podía cuajar la idea de que todas sus tradiciones, todos los sacrificios y todos los rituales que tanto él como sus predecesores habían llevado a cabo, no habían servido para nada, ya que ese hombre lo había borrado todo de un plumazo. No podía permitirlo.

Llevado por una furia jamás vista en un sacerdote de aquella tribu, blandió su cuchillo de piedra ceremonial, que hasta entonces había descansado en su cinto, y se abalanzó con todas sus fuerzas sobre Karnak. El guardia, que había presenciado la muerte de sus compañeros, negó con la cabeza e intentó detenerlo, ya que sabía lo que le depararía al sacerdote, pero este no hizo caso y siguió avanzando. Por un instante creyó que sería capaz de clavar su cuchillo en el cuello de aquel maldito diablo extranjero, pero antes de que pudiera realmente

acercarse al guerrero errante, este lo ensartó con su espada, que clavó en su vientre.

El sacerdote masculló alguna maldición que Karnak no consiguió oír, pero tampoco le importó, y, un instante después, su cuerpo se desmadejó sin vida. El guerrero errante giró su espada y dejó que el cuerpo del sacerdote resbalara por la hoja hasta desprenderse y caer sobre un charco de sangre.

—¿Algún valiente más? —preguntó mientras sacudía la espada para limpiarla de sangre, pero ningún miembro de la tribu respondió—. Lo suponía.

Sin decir nada más, pero siendo observado por todos los miembros de la tribu, Karnak el Rojo giró sobre sus talones y se encaminó hacia el bosque, abandonando aquella aldea de caníbales habiendo hecho gala de su sobrenombre.

A pesar de todo lo que había sucedido desde que partiera de la aldea de Argos el día anterior, él solo podía pensar en una cosa: «Necesito un descanso».

10

Cuando Karnak llegó a la aldea de Argos aquella misma noche, a medida que avanzó entre las cabañas de piedra, fue como si un espectro gigantesco estuviera acechando en la oscuridad. El agua y la sangre se habían secado sobre él, y le conferían a su rostro un aspecto más aterrador con el pelo apelmazado, por lo que cuando un habitante asomó la cabeza para comprobar si llovía y lo vio, lanzó un grito de terror que alertó a todo el pueblo. Enseguida, las puertas de todas las cabañas se abrieron de par en par para observar al recién llegado, mientras decenas de voces intercambiaban cuchicheos para averiguar quién o qué era ese intruso.

Sin embargo, el *berserker*, hastiado por el día pasado, no se fijó en ninguno de ellos y se encaminó directamente a la sala comunal de la aldea, con la esperanza de hallar a Argos y contarle todo lo que había averiguado y hecho.

Los hombres que estaban en la puerta de la sala comunal, así como lo hiciera el malogrado Torben unos días atrás, lo intentaron detener para saber quién era, pero el guerrero errante no les hizo caso y pasó entre ellos sin apenas mirarlos. Uno de ellos probó detenerlo cogiéndolo del brazo, pero Karnak gruñó enfurecido y el otro, amedrentado, se apartó.

Karnak cruzó el umbral de la sala comunal y, como había sucedido a su llegada, el interior estaba ocupado por diferentes grupos de aldeanos y, presidiendo la escena, de Argos en su trono de aspecto rústico. Al entrar, todos se giraron y clavaron sus miradas en él, sobre todo el jefe, que sintió como si una amenaza se cerniera sobre su gente, pero aquella sensación no duró demasiado, ya que el *berserker* no tardó en hablar.

—Espero que haya un baño y una buena cena para un *berserker* que ha cumplido con su deber.

Al escuchar aquellas palabras, Argos cambió la expresión de su rostro y comprendió que aquel hombre cubierto de mugre no era otro que Karnak el Rojo.

—Benditos sean mis ojos, crémos que os habíamos perdido a todos — exclamó levantándose y acercándose a él, pero, cuando estuvo a su lado, se detuvo y preguntó—: ¿Qué ha pasado?

—He tenido una mala noche —respondió Karnak en un resoplido de hastío.

—La peor, querido amigo.

Karnak clavó sus pupilas ambarinas en las de Argos y dijo:

—Te puedo asegurar que he tenido peores. —Una sonrisa torcida y cínica asomó en su rostro.

—Veo que no has perdido tu buen humor.

Karnak repitió el gesto y Argos, mirando a los presentes en sala comunal, ordenó:

—Preparad un baño para nuestro *berserker*. —Y después, mirando al guerrero errante, añadió—: Después te serviremos un buen ágape durante el cual me contarás todo lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

Karnak asintió, todavía malhumorado, pero su gesto cambió repentinamente cuando Pia cruzó la puerta de la sala comunal y sus miradas se cruzaron. Era difícil decir si el *berserker* se había enamorado, eso era algo complicado en la vida de un caballero errante como él, pero, sin lugar a dudas, la presencia de aquella mujer apaciguaba sus ánimos.

Dos mujeres de la aldea se acercaron a Karnak para llevarlo al baño, pero Pia se apresuró a adelantarse y dijo:

—Yo me encargo.

Las otras dos pusieron cara de desagrado y se apartaron.

Por su parte, Karnak sonrió con sinceridad, pero dijo:

—Esta noche no estoy para grandes trotes.

Ella posó su mano en el brazo del *berserker* sin remilgos por la suciedad, sonrió y asintió. A pesar de que hacía poco que se habían conocido, había entre ellos una conexión diferente.

—No te preocupes, sé lo que uno necesita cuando regresa de una batalla.

Y, sin más ceremonias, los dos desaparecieron por una puerta que había tras el trono, que comunicaba directamente con la cabaña de Argos, en cuyo interior se había dispuesto un baño a la altura de un rey... bueno, de un jefe de aldea como él.

Después de un relajante baño durante el que Pia lo colmó de atenciones, le curó las heridas y lo cuidó como lo haría la mejor de las amigas, los dos

regresaron a la sala comunal, en cuya mesa principal, la que había frente al trono de Argos, había comida para un ejército, aunque solo fuera para el *berserker*.

El jefe de la aldea lo recibió con entusiasmo y, esta vez sí, lo abrazó sin reparos, ahora que estaba limpio y se había cambiado de ropa, tras haber quemado toda la que llevaba.

—¿Mejor, no? —le preguntó invitándole con el gesto a ocupar un asiento y deleitarse con la cena.

—Sin duda —respondió Karnak aceptando la invitación.

Pia se sentó a su lado y le sirvió una jarra de hidromiel, que el *berserker* vació de un trago y, sin pedir permiso, se dejó llevar por el hambre, devorando todo lo que había en la mesa.

Argos no dijo nada, lo dejó hacer, si estaba tan cansado como su aspecto al llegar indicaba, lo mejor que podía hacer era permitir que el *berserker*, que también era un hombre, repusiera sus fuerzas. No fue hasta al cabo de un rato, cuando Karnak ya había reducido la velocidad de llevarse la comida a la boca, que Argos le preguntó:

—Entonces, ¿solo has sobrevivido tú?

Karnak asintió y, después de tragar, respondió:

—Desafortunadamente, así es, jefe. Fuimos emboscados en una trampa de la que no pudimos escapar.

—¿Han muerto todos?

—Eso me temo...

Y sin preparar el terreno, Karnak explicó con todo lujo de detalles lo que le había deparado a él y a sus acompañantes desde que partieran de la aldea, desde la captura en el bosque, al sacrificio de los otros, pasando a su enfrentamiento con el monstruo del lago de Iver.

—Así que las leyendas eran ciertas... —dijo Pia al escuchar las palabras del *berserker*.

—Sí, el monstruo de Iver ha existido siempre, no era más que una criatura titánica, pero, en definitiva, un simple animal.

—No me lo puedo creer —dijo Argos sacudiendo la cabeza, incrédulo.

—Pues créetelo porque es cierto, querido jefe. Tanto como que ahora estamos aquí, hablando.

Argos lo miró, perplejo, y asintió.

—Está bien, está bien —contestó con la mirada perdida en el infinito mientras sopesaba todo lo que Karnak le había contado.

El *berserker* siguió comiendo mientras Argos se frotaba el mentón con fruición, sin saber qué debía hacer a continuación. Por un lado, había creído que sus hombres y Karnak no regresarían y debería seguir enfrentándose al problema; y, por el otro, deseaba que ese guerrero le quitara el problema él solo, sin tener que intervenir después o pensar en las posibles consecuencias. Sin embargo, por lo que ahora le contaba el *berserker*, en los bosques del norte había una numerosa tribu de caníbales que se habían quedado sin su dios... ¿Cómo reaccionarían? ¿Se asustarán o se cernirán sobre ellos con uñas y dientes?

—Debemos reunirnos con los demás jefes y se lo debes contar a ellos —dijo de repente el jefe de la aldea.

Karnak tragó la comida que tenía en la boca y lo miró de reojo.

—¿No puedes hacerlo tú?

—No, no puedo... la palabra de un *berserker* siempre será más creíble que la de un simple jefe de aldea —respondió Karnak.

—No les podré contar mucho más de lo que ya te he narrado a ti.

—Lo sé, pero es imprescindible que lo oigan de primera mano.

Karnak guardó silencio durante un instante, pero, después, dijo:

—Porque, si no lo hago, van a creer que tú estás contando lo que te interesa, ¿no?

Argos asintió.

—Desafortunadamente, así es, querido *berserker*.

—La política es una mierda —espetó el guerrero errante antes de darle otro bocado a la carne que tenía frente a él.

—Más de lo que crees —afirmó Argos.

—Por eso nunca me meto en ella. Aunque mi trabajo me obliga a vérmelas con, y sin ofender, gente como tú, jefes, caudillos, generales, príncipes y nobles, siempre procuro limitarme a hacer lo que debo... nada más.

Argos sonrió ante la sinceridad de Karnak.

—Si te soy sincero, si pudiera, yo también lo haría —dijo antes de soltar una carcajada.

Cuando terminó de reír, fue como si las ideas en su mente se aclararan o, al menos, sus pensamientos se apaciguaran para poder pasar página.

—Pero no quiero molestarte más —dijo el jefe de la aldea levantándose—. Disfruta de la comida —continuó y, mirando a Pia, añadió—: y de la compañía, que mañana será otro día y deberás estar descansado y sereno para hablar con los demás jefes del valle.

—Gracias, jefe.

Argos se retiró tras una sutil reverencia y desapareció a sus aposentos en la parte trasera de la sala comunal, dejando a Karnak a solas con Pia.

—¿Siempre hay tanto politiquero en un lugar como este?

Pia asintió.

—Más a menudo de lo que crees —respondió y después, tras soltar un resoplido, dijo—: pero esto es mejor que lo que sucedía en tiempos de mi abuelo, en el que la guerra y los combates entre aldeas era lo habitual. Así que si para mantener la paz tenemos que soportar estupideces y reuniones de los jefes, creo que podemos hacer ese sacrificio, ¿no?

Karnak se encogió de hombros y después asintió entrecerrando los ojos.

—Pero no le des más vueltas, querido *berserker*, ya que, al fin y al cabo, tú eres un forastero y no estás atado a nuestras costumbres, eres un guerrero errante, un caballero sin amo...

—Un vagabundo —añadió Karnak, un poco lacónico.

—Y cuánto te envidio por ello.

Él la miró de reojo, un tanto sorprendido.

—No lo hagas.

—Es inevitable, solo he visto esta isla, seguro que tú has visto mucho más.

—Sí, pero no sabes cuál es el precio.

Entonces, Pia le acarició el hombro y con su voz melosa le susurró al oído:

—Lo supongo.

El *berserker* sonrió y supo que el resto de la conversación la tendrían en la cabaña de Pia.

11

Aunque había disfrutado y agradecido la noche con Pia y el descanso, ahora, al volver a estar sentado junto a los jefes del valle, parecía como si aquello no hubiera sido más que un sueño. Además, parecía que no hubiese pasado el tiempo, esos hombres estaban sentados en los mismos lugares, con los mismos bigotes y barbas, y con la misma cara de desconfianza que unos días atrás.

«Creí que este lugar sería más tranquilo», se lamentó el *berserker* sabiendo que su presencia allí era necesaria pero no deseada.

En cuanto había cruzado el umbral de la sala comunal y se había sentado en la cabecera opuesta al lugar que ocupaba Argos, Karnak no espero que le preguntaran nada, sino que soltó todo lo que había visto y vivido de sopetón, sin pausas, sin adornarlo, ateniéndose solo a los hechos. La respuesta inicial de los jefes había sido de incredulidad, como si Karnak sacara algo de provecho, pero en seguida comprendieron que no les estaba mintiendo, ¿por qué lo haría? Él no sacaba nada de ello, al contrario, los rumores viajan más rápido que los hombres, por lo que rápidamente se extendería la noticia de que Karnak el Rojo era un mentiroso.

—Entonces, los demonios del bosque existen, ¿no? —dijo el viejo jefe, que seguía ofuscado en la leyenda que se contaba por aquellos lares.

—Me sabe mal decepcionarte —dijo el *berserker*, aunque no era cierto—, pero los demonios no eran más que hombres agresivos y caníbales, pero hombres al fin y al cabo, como tú o como yo.

El viejo quiso intervenir de nuevo, pero los otros jefes lo acallaron con protestas, arguyendo que sus leyendas solo habían provocado la muerte de cuatro buenos hombres de Argos.

Tras una estúpida discusión sobre la naturaleza de aquellos caníbales que se alargó más de lo que Karnak hubiera deseado, las voces de los jefes fueron apaciguadas por la de Argos.

—Ya basta, es suficiente, no sacaremos nada de esto —dijo imponiéndose y, tras esperar que los demás callaran, le preguntó a Karnak la duda que lo había corroído desde la noche anterior—: ¿Crees que son una amenaza, *berserker*?

Karnak miró al jefe de la aldea clavando sus pupilas ambarinas en las de

Argos, siendo plenamente consciente que de su respuesta dependería el futuro de la gente de aquellas aldeas.

—Se han quedado sin su dios, dudo que sigan capturando a gente para sacrificarlos...

—¿Pero? —preguntó otro de los jefes apretando los dientes.

Karnak miró a sus interlocutores, sabiendo que esperaban que resolviera esa parte, ya que siempre había un pero.

—Pero eso no significa que lo hagan por otros motivos.

Las voces de los jefes se alzaron de nuevo en una discusión en la que todos se echaron las culpas los unos a los otros sin demasiado sentido, teniendo en cuenta que aquella tribu de caníbales actuaba de ese modo desde hacía años y que ninguno de ellos se había enfrentado a los supuestos demonios, sino que había sido el propio Karnak.

—Veis cómo no era buena idea la intervención del *berserker* —dijo uno.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó otro.

—Seguro que esos malditos caníbales no dudarán en atacarnos por lo que este les ha hecho —espetó un tercero.

Aquel pensamiento, que había cruzado las mentes de todos ellos se hizo tan patente que acalló todas las voces, ya que al escucharlo en voz de otro, todos fueron conscientes de la amenaza que en realidad eran aquellos caníbales.

—Debemos atacar primero —dijo el viejo jefe embravecido a la vez que se levantaba y alzaba el puño al aire.

Aquella propuesta fue secundada por muchos de los otros, aunque no por todos, como el propio Argos, que preguntó:

—¿Creéis que es sensato enfrentarnos a un enemigo del que ni tan solo conocemos el rostro?

—Claro —respondió otro de los jefes.

—Por supuesto, Argos —dijo el viejo.

Argos los observó a todos ellos y, como si nadie hubiera respondido, siguió reflexionando en voz alta.

—Creo que si esa fuera nuestra respuesta, no sería una reacción provocada por una amenaza real, sino que, en realidad, estaríamos actuando como si los que hubiésemos perdido a nuestro dios fuéramos nosotros. —Hizo una pausa, esperando algún tipo de queja por parte de los otros, pero al ver el silencio que

reinaba en la sala comunal, continuó—: Si un extraño nos arrebatara nuestra fe, ¿qué haríamos? Sin duda, atacar a los que hemos considerado nuestros enemigos, tuvieran o no la culpa. ¿Esos caníbales, esos hombres, harán lo mismo? ¿Nos identificarán como sus enemigos o se encerrarán en su bosque en paz? Creo que antes de tomar una decisión precipitada, deberíamos pensar muy bien todas las consecuencias que pueda provocar lo que hagamos.

Karnak quedó sorprendido por las palabras de Argos, mucho más sensatas de lo que hubiera esperado de él, pero no hizo lo mismo la facción belicosa de la asamblea de jefes.

—Menudas sandeces dices, Argos —espetó el viejo que, a pesar de ser criticado por sus antiguas leyendas, ahora se había erigido como el líder de los que tenía ganas de guerra.

«¿Nostalgia de cuando era joven?», se preguntó Karnak con cierta sorna al recordar lo que le había explicado Pia la noche anterior sobre las antiguas relaciones entre las aldeas.

—Aquí no hay nada que pensar, la respuesta está clara, debemos atacar a esos malditos demonios y limpiar nuestra isla de esa amenaza —vociferó el viejo—, y el *berserker* liderará a nuestros hombres.

Al escuchar aquello, Karnak lo miró abriendo los ojos como platos y frunciendo los labios, no podía creer lo que estaba oyendo.

—Bien dicho, con Karnak el Rojo de nuestro lado no podemos perder —dijo otro de los jefes, uno más joven—, acabaremos con esos caníbales en cuestión de horas.

Fue entonces, antes de aquello se descontrolara, cuando Karnak se levantó y extendió sus brazos para llamar la atención de aquel fervoroso público. En un primer momento, todos creyeron que el *berserker* les diría como proceder en el ataque, pero en cuanto habló, sus rostros se retorcieron en un gesto de incompreensión.

—Perdonad, pero, ¿por qué debo liderar a vuestros hombres?

—Dijiste que nos ayudarías, ¿no? —preguntó el viejo.

—¿Y acaso no lo he hecho?

—¿Cómo?

—Me he adentrado en el bosque, he descubierto quién se llevaba a vuestros amigos y parientes, sé que no los he podido salvar, pero al menos ahora sabéis

cual era el problema que se cernía sobre vosotros.

—Y, precisamente por ello, ahora irás al frente de nuestras tropas —siguió el viejo.

—No pienso inmiscuirme en vuestra guerra —respondió cortante el berserker, que no quería perder los estribos.

—¿La que tú has empezado?

Karnak soltó una carcajada.

—Yo no he empezado nada, en realidad esta guerra de la que hablas no ha comenzado y no lo hará mientras vosotros no atacéis. —Los jefes lo miraron como si no comprendieran sus palabras—. ¡Por todos los dioses! ¿Tan ciegos estáis? Esa gente, por muy caníbal que sea, se esconde en los bosques, habla una lengua antigua, caza como lo debíais hacer vosotros hace milenios... ¡Pero si van por ahí con armas de piedra! No son una amenaza. Puede que no sea seguro entrar en esos bosques a solas o en un grupo reducido, lo sé, lo he vivido, pero si os abalanzáis sobre ellos con todas vuestras fuerzas, será una carnicería.

Por un segundo, Karnak creyó que, por fin, aquellos hombres habían comprendido que no debían atacar a esos caníbales, entre otros motivos, porque nunca habían querido saber nada de aquellos bosques. Pero, desafortunadamente, se equivocaba.

—¿Lo habéis oído? —dijo el viejo—. Incluso el *berserker* sabe que no son rival para nosotros. ¡A la guerra!

Ese grito fue secundado por muchos más, solo Argos y dos jefes más se mantuvieron al margen, sabiendo que si no querían romper la paz que reinaba entre las aldeas del valle, deberían participar de una guerra en la que no creían.

Karnak no dijo nada, estaba boquiabierto al ver como aquellos hombres se dejaban llevar por la estupidez, pero, como ya había dicho, no pretendía inmiscuirse en sus asuntos, así que, sin abrir la boca, se despidió con una sutil reverencia a distancia de Argos y abandonó la sala comunal.

—No nos hace falta la ayuda del *berserker*, él mismo ha dicho que esos demonios no tienen armas que sean rival para las nuestras. —Fue lo último que escuchó al cruzar el umbral de aquella cabaña.

Fuera lo sorprendieron el cantar de los pájaros que disfrutaban de una luminosa mañana. Una vez estuvo fuera, mientras recorría las calles de aquel poblado para salir de él, distraídamente alzó la mirada al cielo y dejó que sus

pupilas vagaran por aquel cielo azul que, seguramente, pronto se vería cubierto por gruesas y lluviosas nubes.

Solo fue cuando una voz melosa habló a sus espaldas que Karnak bajó la mirada.

—Es una pena que este cielo no sea más habitual aquí, pero al ser tan breve también lo hace más especial, ¿no crees?

Karnak giró sobre sus talones, era Pia.

—Sí —respondió con parquedad.

Ella sonrió, le gustaba que Karnak ahorrara en palabras, cuando los hombres hablaban demasiado se convertían en los que ahora había en el interior de la sala comunal.

—¿Ya te vas?

—Eso creo —respondió él e hizo una pausa, después añadió—: Mi tarea aquí se ha terminado y no quiero ver nada de lo que viene a continuación.

—¿Guerra?

—Eso me temo, Pia... —Aunque normalmente la voz de Karnak era plana y difícil de interpretar sus emociones a través de ella, en aquella ocasión la pelirroja pudo sentir como aquel guerrero errante que había irrumpido en su vida se lamentaba por las consecuencias que había provocado su presencia en aquella isla.

Ella se acercó y tocó su brazo.

—No te preocupes, siempre ha sido así —dijo ofreciéndole una agradable sonrisa.

Él asintió con pesar, lo único que lamentaba de tener que abandonar aquel lugar era que, probablemente, tardaría años en volver a verla... si es que lo volvía a hacer.

—Ven conmigo —dijo casi sin pensar, como si sus labios se movieran por su cuenta.

Ella volvió a sonreír, incluso soltó un gracioso resoplido.

—No puedo irme sin más, mi lugar es este, lo ha sido durante generaciones...

—¿Pero? —preguntó Karnak, porque siempre había un pero.

—Pero no es el tuyo.

Ahora fue Karnak el que sonrió con sutileza, casi con timidez, como si quisiera ocultar que un *berserker* podía tener sentimientos.

A pesar de la diferencia de altura, Pia le agarró el rostro y lo obligó a doblar la espalda, para después darle un beso en los labios, no el de una apasionada amante, sino el de la mejor amiga que jamás hubiera podido tener.

Cuando se separó de ella y volvió a erguirse, Karnak no se movió, sino que en su cabeza rumiaba algo.

—Prométeme que no perecerás en esta estúpida guerra.

Y, como no podía ser de otra forma, Pia le regaló la más pícara de las sonrisas antes de responder:

—Ya deberías saber que no me gusta perder.

Karnak sonrió rememorando lo que aquello significaba y emprendió la marcha sin mirar atrás, hacia el embarcadero al que había llegado unos días, con la esperanza de que un barco lo recogiera para devolverlo al continente. Pia permaneció de pie allí donde el *berserker* se había despedido de ella, hasta que el guerrero errante se perdió tras el horizonte, preguntándose si se volverían a ver. Ninguno de los dos sabía la respuesta, pero sus caminos volverían a cruzarse en otro lugar, en otro momento... pero eso ya es otra historia.

*Las crónicas de Karnak 2: **El monstruo de Iver***

Escrito por Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, setiembre 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com